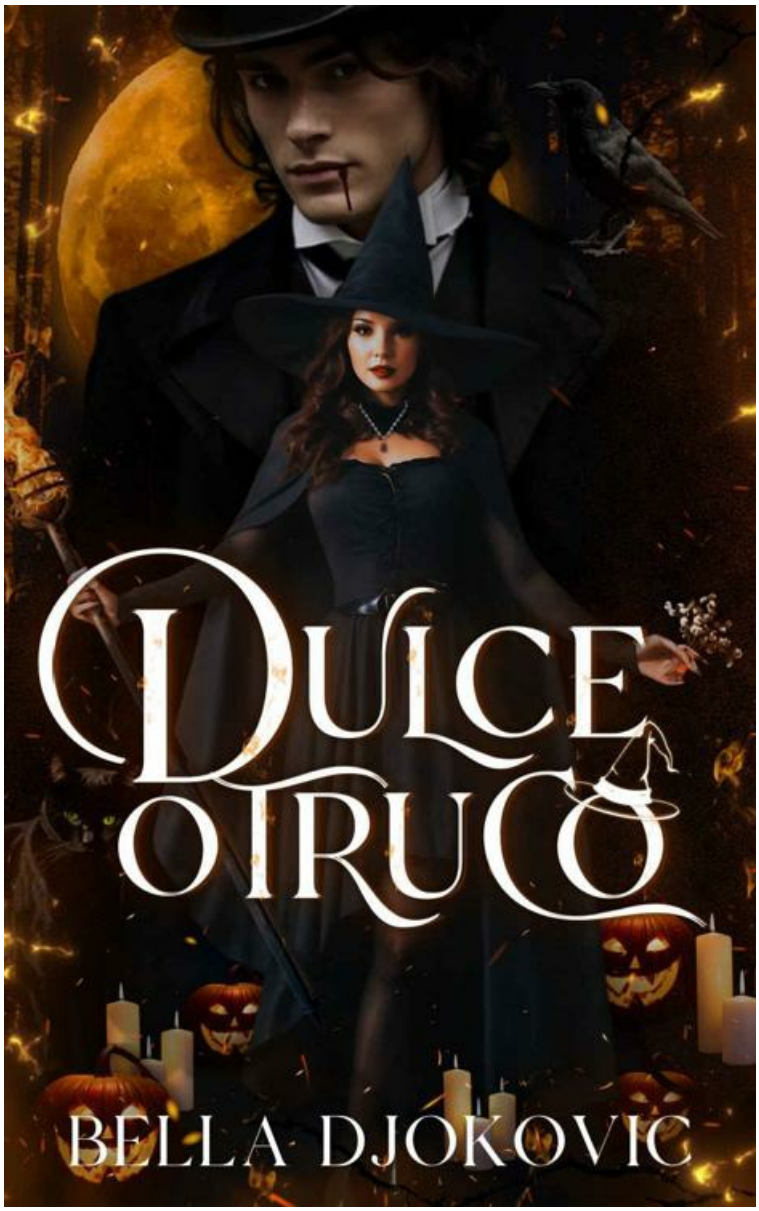

DULCE
OTRUO
BELLA DJOKOVIC


DULCE
O TRUCO
BELLA DJOKOVIC

Dulce o Truco

Copyright © 2024 Bella Djokovic

©Diseño de portada: Cherlys C. M.
Corrección y diseño interior: A. S. Bohórquez
(@maleniaediciones)

Copyright: 2308135048316

Primera Edición
México, 2024
Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción o utilización de parte o de toda esta novela por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopias, grabación u otros cualesquiera sin el consentimiento por escrito de la autora, excepto para incluir citas breves en reseñas.

La historia que comprende es una obra de ficción. Los nombres y personajes son frutos de la imaginación de la autora y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Este libro contiene escenas de sexo explícito, lenguaje adulto y violencia, por lo que es apto para mayores de dieciocho años.

Contenido

SINOPSIS
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
FINAL
EPÍLOGO

SINOPSIS



¿Quién demonios irrumpe en un castillo a medianoche con el absurdo pretexto de asistir a una fiesta de Halloween?

Alzando la mano… yo.

¿Quién despertó a un vampiro provocativo y ardiente, y lo enfureció?

Pues yo.

¿Quién iba a ser torturada y luego ejecutada por meter la pata?

Definitivamente, yo.

¿Y quién encontró a su alma afín, que lo único que quiere es tenerte desnuda bajo su cuerpo?

¡Murciélagos fritos, yo!

CAPÍTULO 1



Viví en el ajetreo de la ciudad desde que tengo memoria. Todo mundo se movía demasiado rápido, estaba estresado y de mal humor. Aun cuando intenté encajar en mis empleos nunca lo logré.

Yo era la chica soñadora y optimista que no tenía cabida en un mundo de amargados.

Cuando sentí que algo faltaba en mi vida, decidí darle un giro. Cambiar de ambiente, ciudad y entorno. Un lugar tranquilo y lejos de la urbanización fue lo primero que se me vino a la mente.

Entonces, renuncié a mi empleo y metí lo poco que tenía en mi viejo Tsuru. Luego me puse en marcha a mi nuevo destino. Había investigado algunos pueblos pequeños alejados de la urbanización, pero realmente no tenía idea a dónde me dirigí, así que lo dejé a la suerte. Nueve horas al volante me habían hecho recapacitar y entender que mi idea era una locura de las grandes. Tampoco tenía idea de lo costoso que era recorrer pueblo por pueblo, además de agotador. Mi pobre culo era una tabla y estaba adormecido.

Cuando mis compañeras de trabajo se burlaban diciéndome que mi estómago era un barril sin fondo, pues ya te digo que estaban en lo cierto.

Cada que me detenía a cargar gasolina también lo hacía en la cafetería porque me daba demasiada hambre, y eso no fue algo que consideré, así que decidí hacer una última parada para ponerle fin a mi locura.

Regresaría a la ciudad. Compré bocadillos para el camino y tomé el atajo que la anciana sugirió, asegurándome que en un dos por tres estaría en la autopista para regresar a la ciudad. Sin embargo, eso fue una mentira. Al cabo de tres horas conduciendo por una carretera sinuosa y paisajes hermosos, estaba nerviosa, asustada y más perdida que monja en un cabaré.

Y justo cuando estaba por ponerme a llorar en medio de la nada divisé a un pequeño pueblo entre el espeso bosque. Apenas se podía distinguir. Era como si estuviera oculto al ojo humano. Retomé mi camino hasta llegar allí y me detuve en la cafetería del centro. La belleza del lugar me atrapó y dejó impresionada. Era antiguo y austero con su toque de misterio, como si se hubiera detenido en el tiempo

Y me fascinaba.

Dos meses después, vivía en una pequeña y cómoda cabaña, y también había conseguido un empleo en un hostal más viejo que el conejo de la luna.

Eran pocos los habitantes del lugar y todos conocidos entre ellos. Para poder pertenecer a su círculo pasé por una serie de «pruebas» solo para corroborar que no era una persona peligrosa o

que huía de un turbio pasado. Creí que, si decía algo que no fuera de su agrado, me sacarían del pueblo con palos y antorchas encendidas como en las películas.

Por suerte, conocí a la señora Delios, una mujer de edad avanzada que parecía ser algún tipo de autoridad que hacía que los habitantes le tuvieran fiel respeto o miedo. Ella fue quien me ayudó a establecerme y a conseguir mi empleo.

Trabajaba en el área de administración y compartía la oficina con otras tres chicas, quienes eran un verdadero grano en el culo; la bruja mayor y detestable era Susana Catalina y sus secuaces, las hermanas gemelas demoníacas, Argen y Tina.

Era de suponerse que mi nuevo hogar no sería del todo perfecto, y el desperfecto eran ellas.

Aun así, siempre trataba de ser madura e inteligente para no caer en sus estúpidas provocaciones.

Por las tardes, después de salir de mi turno, iba al negocio de la señora Delios. Era dueña de una tienda de antigüedades, donde me gustaba pasar el tiempo explorando los artículos de venta hasta que cerraba su negocio. Luego íbamos a la cafetería del centro, donde vendían los strudel de manzana y canela más deliciosos del planeta.

Juro por los perros del infierno que de todos los lugares donde había probado los strudel este era el mejor por mucho.

Siempre llevábamos una pieza para el camino a casa mientras volvía a contarme por milésima ocasión la leyenda que afamaba al lugar.

La leyenda del sensual conde Davenport.

Resulta que el pequeño pueblo pintoresco era en realidad un sitio turístico importante que atraía a miles de visitantes todo el año, y él era la atracción principal.

Así que podías ver pósteres en tamaño real del supuesto conde repartidos por cada esquina de todo el pueblo. La señora Delios contaba que era el joven más hermoso que podía existir. Lo describía de tal manera que mi mente divagaba en fantasías indecentes.

«Tan hermoso como un ángel y tan oscuro como un demonio», pues era un vampiro sanguinario.

Y créanme cuando les digo que la imagen lo representaba a la perfección.

En el poster del conde él estaba ataviado en un elegante traje de vestir cubierto con una capa. Sus manos enguantadas sostenían un bastón con puntas de oro y en su cabeza tenía un sombrero de copa típico de la época antigua. Era alto y de complexión delgada, de piel nívea y cabello dorado lacio hasta los hombros. Sus ojos eran un color azul profundo, como el mar, su nariz recta y sus labios finos y rojos.

Estaba segura de que el chico era un modelo o actor en ascenso al que habían solicitado sus servicios. Por muy extraño que eso pareciera, había algo que me resultaba familiar en él.

¿Sería que nos habríamos visto en algún otro lado?

CAPÍTULO 2



Apenas iniciado el mes de octubre y toda la ciudad había sido tapizada de adornos de Halloween. Era la época del año en la que muchos más turistas llegaban atraídos por todo tipo de historias referente al conde, desde románticas hasta sanguinarias y macabras. Durante ese mes, cada fin de semana se ofrecía un tour por el pintoresco pueblo, pero la primera parada era al mirador, en lo alto de la colina donde estaba el castillo del conde Davenport.

Desde que llegué al pueblo sentí la mórbida curiosidad por conocer el castillo, pero siempre había un motivo que me lo impedía. Ahora estaba decida a tomar el tour, que era guiado nada más y nada menos que por la señora Delios. Era la mejor narradora de los hechos. Hablaba como si hubiera sido parte de ello.

—Este sábado es el último tour. Si quieres un lugar, te aconsejo que llegues temprano —me informó la señora Delios mientras caminábamos a nuestras cabañas.

Éramos vecinas.

En el pueblo no había edificios grandes o llamativos como en la gran ciudad, nada de modernidad.

Tampoco eran aldeas de paja, solo eran pequeñas y modestas residencias.

—Temprano. ¿A qué hora? —curioseé.

—Los turistas están ansiosos por el recorrido, así que empiezan a llegar desde las siete de la mañana para estar de regreso a la hora del almuerzo.

Gemí e hice una mueca.

—En la publicidad dice que hay un recorrido a las siete y otro a las once. ¿Por qué quiere llevarme en el primer recorrido?

—Creí que querías conocer el lugar. —La señora Delios alzó sus cejas y me observó.

—Lo quiero, pero es muy temprano.

—Eres una perezosa —masculló.

—El otoño me relaja —repliqué con fingida indignación.

—Demasiado. Diría yo que estás por entrar a invernar —se burló.

Me reí y le di una mordida a mi strudel.

No era precisamente una mujer con cuerpo de supermodelo. Tenía mis reservas de grasa para el invierno, sin duda… y para todo el año también.

Y no me avergonzaba para nada de mi físico.

—Tocaré a tu puerta un cuarto para las siete —avisó, y sacó las llaves de su bolso.

Gruñí en protesta de nuevo.

—Si a la quinta vez que toca no abro, puede irse tranquila.

La señora Delios entrecerró sus ojos y luego miró hacia el frente, donde se encontraba la colina más alta y el castillo.

La enorme luna salía detrás de la torre alta del castillo y la bruma permanecía a los pies de este. Era una vista impresionante y mística. Más que darme miedo, me daba curiosidad y cierta excitación.

—Quiero que veas el amanecer. —Su voz me sacó del breve hipnotismo—. Es un espectáculo único que solo se puede apreciar este fin de semana. Como ves, la luna está llena. Mañana podremos observar brevemente cómo se tocan el sol y la luna en el amanecer. Apuesto que lo disfrutarás.

Me gustaba la naturaleza, los astros solares. Disfrutaba los atardeceres, más que todo de la zona. Eran impresionantes. Sin embargo, un amanecer en lo alto de las montañas seguro valdría la pena.

—Bien, me convenció —respondí después del último trago a mi bebida.

—¿En serio? ¿Así de fácil fue? —Alzó sus cejas en fingida sorpresa—. Te iba a persuadir con un desayuno en Beky Coffee.

Maldije en voz baja, pero lo suficientemente fuerte para que ella me escuchara y se echara a reír.

—Pasaremos por ahí de todos modos. —Palmeó mi espalda con suavidad—. Ahora, ve a dormir para que puedas despertar temprano.

«Voy a poner más de mil alarmas para lograrlo».

—Descanse, señora Delios. —Ella levantó una mano con su sonrisa cálida—. Por cierto, ¿qué sucedió con el póster de su vampiro sexi de la entrada? —inquirí inocente mientras subía los escalones del porche.

—¡Una vecina me lo robó, seguramente para hacer cosas indecentes con él por las noches! —Se detuvo en la entrada de su puerta para darme una mirada acusatoria.

Las llaves se me cayeron de las manos ante su respuesta y me apresuré a recogerlas mientras escuchaba su risa triunfadora antes de cerrar su puerta.

Había estado espiando para cuando saliera de su cabaña, y podría jurar que no había nadie a mi alrededor cuando decidí entrar a su jardín a robárselo.

«Entonces, ¿cómo se dio cuenta?».

CAPÍTULO 3



A la mañana siguiente, abrí la puerta y vi a la señora Delios radiante y fresca como una lechuga. En serio, necesitaba sus vitaminas o elixir de vida eterna porque, a comparación a ella, yo parecía la anciana achaquienta.

—No creí que fuera posible despertarme, pero reconozco su perseverancia. —Apenas podía abrir mis ojos y mover los pies. Sin embargo, la mujer me había estado llamando desde las seis de la mañana por el teléfono fijo.

Incluso llegué a querer tirar esa cosa por la ventana, pero logré recordar que ese era el principal medio de comunicación en la localidad.

La señal de internet era pésima.

—Bueno días también a ti —se burló al verme en estado zombi—. Despabílate, chica. Andando. Vamos retrasadas y el bus ya está completo. El chofer solo espera por nosotras.

Gruñí cuando agarró mi mano para bajar los escalones del porche y subir a su todoterreno.

—Espero que tenga cuenta abierta en Beky Coffee, porque pienso cobrarme esta desmañanada —me quejé, y me abroché el cinturón de seguridad.

—Lo que tú digas, linda. —Se rio entre dientes y se puso en marcha.

Manejó poco menos de diez minutos antes de que llegáramos a la plaza del centro del pueblo, donde un bus turístico calentaba motores.

—Iremos en la parte de arriba. —Estacionó su vehículo delante del bus.

Apagó el motor y bajamos para luego subir al otro.

No mintió cuando dijo que el bus estaba lleno. Los turistas se mostraban muy entusiastas. Noté que la mayoría eran parejas de edad madura y yo, la única joven.

Parejas, amor en el aire, y yo sin perro que me ladrara.

«Por la estaca del conde».

Claro que me sentía incómoda.

Hubiera desistido del viaje de no ser porque acompañaba la señora Delios.

El autobús se puso en marcha a los pocos minutos, iniciando así el recorrido turístico. El clima otoñal nos recibía con aire fresco y olor a hojas secas conforme ascendíamos hacia la montaña. Por fortuna, vestía ropa adecuada y la señora Delios me había dado un vaso con café para mantenerme cálida y terminar de despertarme.

Ajusté mi cazadora y mi bufanda, acomodé en mi cabeza un sombrero de tela que saqué de mi mochila y, por último, me coloqué mis gafas de mosco.

—Sally —llamó la señora Delios—, tengo entendido que la fiesta de disfraces es por la noche.

—Es correcto. —Me acomodé en mi asiento y agarré de nuevo mi café.

—Entonces, ¿por qué el disfraz de espantapájaros desde ahorita? Van a creer que eres parte de la atracción —se burló.

Resoplé.

«Muy graciosa la doña».

Tomó su lugar y preparó sus cosas para empezar su guía.

—Lo siento si no tuve tiempo de elegir un atuendo más glamuroso que fuera de su agrado, pero vamos a una colina.

Se rio entre dientes.

—Trata de no dormirte. No querrás perderte la historia.

La había escuchado mil veces desde que llegué, y aunque me gustaba cómo la narraba, mis ojos pesaban demasiado. El café no servía de nada.

—Solo deme unos minutos para espabilarme y estaré fresca como una lechuga, pero ya puede ir iniciando. Por mí no se detenga —bromeé.

Ella se colocó un pequeño micrófono manos libres y saludó a los turistas desde su asiento. En cuanto empezó a hablar, cerré los ojos y me quedé dormida.

Juro que no fue intencional. Cuando se trataba de dormir y comer, mi cuerpo se mandaba solo.

No sé cuánto tiempo pasó. Cuando abrí mis ojos, la señora Delios ya me contemplaba.

Sonreí con fingida inocencia y gemí cuando moví la cabeza. Era como si me hubieran…

En la mano de la señora Delios había un bastón de madera con el cual, al parecer, me despertó.

—Auch. ¿Y ese por qué ha sido? —me quejé cuando recibí otro golpe en la cabeza.

—Solo estoy comprobando que estés despierta y no sonámbula.

Resoplé.

—No estaba dormida —mentí con cinismo, y sobé mi pobre cabeza—, solo estaba visualizando la historia con los ojos cerrados.

Gruñó sin creerme.

A mi lado pasaron turistas para bajar del bus y poder apreciar el mítico amanecer del que me habló la señora Delios.

—Baja —ordenó ella—, o te lo perderás. —Avanzó detrás de las últimas personas.

Salté de mi asiento y caminé detrás de ella con mi celular en mano.

Cuando nos detuvimos en el mirador con el resto de los turistas, no pude dejar de abrir los ojos y la boca de la conmoción, como todos ellos.

—Dios, la vista es impresionante. —Admiré el lugar, asombrada.

No tenía palabras para describir semejante belleza. Estábamos en lo alto de la colina. El mirador abarcaba la vista completa del pequeño pueblo, que estaba rodeado de un bosque espeso como si fuera un aro protector. Era hermoso y misterioso.

El verdadero motivo por el que llegué al pueblo fue porque me perdí. Había entrado al bosque espeso siguiendo una vieja carretera de terracería. Estaba asustada por haber perdido la ruta que el GPS marcaba cuando me quedé sin señal en medio de la nada. Ahora entendía por qué el lugar parecía estar detenido en el tiempo.

El modo en que los turistas llegaban era porque la señora Delios tenía una pequeña agencia turística en el condado más cercano, misma que los transportaban ida y vuelta. Pese a las seis horas de viaje, el mes de octubre siempre estaba abarrotado de forasteros que levantaban la economía del pueblo.

—Toda una maravilla, ¿cierto? —presumió cuando se detuvo a mi lado.

Asentí con la cabeza.

—Jamás me imaginé una vista así —confesé maravillada.

—Claro que no. Tu mente es tan perezosa para imaginar algo así. —Resopló y sonrió.

—Mire, desde aquí se mira su casa —señalé con mi dedo—. ¿Colocó otro poster del conde en su jardín?

—No vayas a querer robarlo también.

Mis mejillas se calentaron de pronto y me obligué a resoplar para no verme culpable.

—Ahora mira de este lado —señaló al este de donde nos encontrábamos.

Los turistas estaban emocionados cuando la señora Delios hizo el conteo regresivo. Todos con cámaras y celulares en mano, incluyéndome. Por un momento pensé que la bruma nos impediría apreciar el paisaje, pero desaparecía al ritmo del conteo que ella hacía hasta parecía ser un efecto de algún truco de la señora Delios. En el horizonte, empezó a verse la línea roja, la cual avisaba la llegada del sol, iluminando el cielo incoloro. Mientras el color se hacía más intenso en el cielo, la luna rebosante y casi transparente comenzó a bajar a su lado, y solo fue una fracción de tiempo en el que ambos se pusieron a la par, como si se saludaran y se despidieran en el mismo acto.

Escuché los jadeos maravillados de los turistas y miré a la señora Delios, que me guiñó con una amplia sonrisa.

Tenía razón, valió la pena la despertada con charolas sobre mi cabeza.

Tomé las ultimas fotografías desde mi celular y, mientras los turistas tomaban su tiempo disfrutando del paisaje, caminé hacia los setos que formaban la barrera perfecta de la entrada del castillo. Iba a aprovechar que la bruma que siempre estaba a su alrededor había desaparecido. Había visto el castillo desde el pueblo y me parecía hermoso, pero poder verlo desde donde me encontraba en ese momento me había dejado sin aliento. Era enorme, antiguo, oscuro y digno de una película de terror. Sus ventanales eran oscuros, impidiéndome ver más allá del cristal. Solo podía apreciar el infinito jardín perfectamente bien cuidado.

Era más impresionante que el amanecer que acababa de presenciar.

Sin ser consciente, empecé a avanzar hacia las puertas de hierro. Era como si una fuerza magnética me jalara y no pudiera detenerme.

Y podría jurar que escuchaba un suave murmullo pronunciando mi nombre.

CAPÍTULO 4



Quizá la altura me afectaba, y por eso alucinaba. No era posible que hubiera escuchado mi nombre.

El viento colisionaba alrededor de los árboles y no iba a caer en sugestiones a estas alturas. Dejé esa tontería de lado y seguí explorando pese a las advertencias de los anuncios. Quería entrar al lugar y tomar fotografías, y estaba decidida a hacerlo.

Pensaba que no había nadie, pero, para mi sorpresa, un hombre alto y delgado, vestido de negro, apareció de la nada.

Literalmente, el hombre salió de una bruma momentánea,

Él llevaba herramientas de jardín, y eso explicaba por qué estaba cuidado a la perfección.

En eso, se me ocurrió una idea.

Tal vez él podría darme oportunidad de tomar un par de fotografías antes de regresar al bus y de que la señora Delios notara mi ausencia.

Lo llamé un par de veces, pero el hombre parecía sordo o solo me ignoraba.

—Maldito viejo… —gruñí al sentirme ignorada porque ni siquiera estábamos lejos el uno del otro.

Sin embargo, no me iba a ir sin tomar esas fotografías, así que , envalentonada, busqué otra opción y la encontré.

Era un espacio en la verja, y entré, pero al tocar el hierro sentí un chispazo eléctrico que me puso los pelos de punta. Después escuché un jodido gruñido parecido al de una bestia salvaje que hizo detenerme.

—*Malditos humanos, ¿acaso no saben respetar la privacidad? El día que logre despertar arrancaré sus cabezas*.

—Santa mierda, ¿de dónde vino eso*?* —murmuré, y miré al hombre alto.

el parecido a Lurch, el mayordomo de los locos Adams, era impresionante.

Retrocedí lo que había avanzado con la intención de salir de la propiedad, pero alguien tiró de mi brazo y me hizo pegar un grito de espanto.

—¿Qué demonios haces aquí? —reprendió la señora Delios, sacándome de la propiedad con una fuerza única.

—Yo… —titubeé— estaba…

—De intrusa —me interrumpió sarcástica—. Es propiedad privada. ¿Acaso no sabes leer los anuncios?

—Solo quería una fotografía del castillo para presumírsela a las brujas esqueléticas.

Ella resopló.

—Tengo demasiadas en mi local, de diferentes ángulos y estaciones del año.

Me sentí molesta porque no era lo mismo.

Quería restregárselo al trio de arpías para que murieran de envidia, y en verdad quería que sucediera eso.

Entorné mis ojos mientras guardaba mi teléfono celular en mi bandolera y caminé hacia la señora Delios, que abría más la verja para ayudarme a salir de la propiedad, pero, antes de poner un pie fuera, volví a escuchar esos gruñidos feroces.

—¿Escucha eso? —le pregunté.

—¿El qué? —cuestionó sin dejar de caminar ni soltarme.

—Esos gruñidos de oso en celo.

—Estás loca —respondió irónica.

—Quizá, pero sé lo que escuché.

—Andando, Sally. Es hora de regresar. —Me ignoró y me hizo subir al bus de nuevo.

Cuando se puso en marcha, no pude dejar de observar el misterioso castillo sin bruma, y algo captó mi atención: una figura en uno de los ventanales. Era una sombra de un hombre diferente al de la entrada. Justo en ese momento sentí una respiración cálida sobre mi cuello. Mi piel se erizó y me giré rápido, pero no había nadie cerca de mí.

La señora Delios me observó como si tuviera tres cabezas, y solo le di una sonrisa fingida.

«Joder, qué extraño se está poniendo eso».

—Creo que la altura me afectó —murmuré perturbada.

—Lo más probable —secundó, y resoplé.

Ella se incorporó y retomó el recorrido de regreso. Empezó a hablar sobre el evento de esa noche, que se llevaría a cabo en el auditorio del pueblo, y emocionó a los turistas con el anuncio de una fiesta de Halloween como clausura del andador turístico.

El pueblo entero asistiría al evento, pero los más jóvenes tenían otros planes.

Según, Susana Catalina, la bruja y sus secuaces, habían organizado un baile en el viejo granero del pueblo, que se ubicaba en la salida de este. Se hablada de un ambiente imperdible: música, comida y alcohol.

No podía decir que no estaba interesada en eso porque desde que llegué al lugar no había asistido a ninguna fiesta, y este parecía una oportunidad de relacionarme con chicos de mi edad. No obstante, se suponía que era secreto, así que no se lo mencioné a la señora Delios cuando me preguntó.

Después de un rato y muchas curvas de carretera, llegamos al pueblo. La señora Delios despidió a los turistas agradeciéndoles por tomar su recorrido. Luego la ayudé a guardar sus cosas en la camioneta para ir a desayunar.

—¿Qué te pareció el recorrido? —curioseó.

—El regreso fue más largo que la ida. Se supone que debe ser al revés.

Bufó y encendió el motor de su Jeep.

—Claro, eso fue porque te quedaste dormida en cuanto el camión se puso en marcha.

—Ya le aclaré que solo estaba visualizando los hechos en mi mente.

—¿Y qué visualizaste? —Alzó sus cejas, burlona.

—Bueno —carraspeé y me acomodé en mi asiento—, visualicé a un hermoso y seductor conde semidesnudo. Estábamos en una enorme habitación oscura y me tenía atada al dosel de la cama. —Ella abrió sus ojos y me inspeccionó conmocionada—. ¿Qué? ¿No quería saber los

detalles de mi sueño?

—Con razón hacías ruidos extraños —murmuró acusatoria.

Me reí entre dientes y miré hacia otro lado, pero el sueño sí lo había tenido.

«Lástima que me despertó cuando el conde se me subía encima».

Pronto llegamos a la cafetería para mi esperado desayuno. El lugar estaba lleno de clientes, como de costumbre, pero Beky, la dueña, ya nos conocía y siempre tenía lugar listo para nosotras. Ordenamos nuestro desayuno y continuamos la charla sobre el evento de la noche. Había quedado de ayudarle un par de horas en el puesto de repostería. Ambas sabíamos que era una idea terrible, pero la señora Delios estaba decidida a correr el riesgo de que me llevara sus tartas de manzana y calabaza a casa.

—Entones ¿segura que las brujillizas no te han invitado a su evento promiscuo satánico? —Se me atoró el trago que le había dado al café—. Recuerda que yo lo sé todo, Sally. —Me dio un guiño serio.

De advertencia.

—Y si lo sabe, ¿por qué me pregunta? —cuestioné con un tono de molestia que no supe de donde salió.

Me observó atenta, y me sentí incómoda.

Desde que bajé del castillo me sentía extraña. Sentía la presencia de algo, pero, por más que miraba a todos lados en busca de «eso», no había nada ni nadie.

—Creo que tanto golpe que me di en la cabeza me dejó paranoica —murmuré preocupada.

—¿A qué te refieres? —Se llevó una tira de tocino a la boca.

—Cuando estaba entrando al castillo, escuché una voz de advertencia, pero usted no lo hizo, y desde ese momento me siento extraña.

—¿Extraña cómo? —indagó curiosa.

—Para ser alguien que lo sabe todo como que le está fallando la esfera de cristal o el poder de leer las mentes, ¿no? —Ella entrecerró sus ojos y gruñó—. Siento como si alguien me vigilara. Es como una presencia invisible, porque no veo a nadie sospechoso. —Dejé de comer y me acerqué a ella, preocupada —¿Será que el fantasma del castillo me persiguió? —Dejó el juego de lado.

Le dio una mirada rápida y sigilosa al lugar antes de mirarme de nuevo.

—Eso es extraño —susurró.

No parecía preocupada.

—¿O me está gastando una broma? —La observé atenta, esperando que lo fuera, porque de ser así podía desechar la idea de que no enloquecía.

—¿Por qué haría eso? —Arrugó sus cejas y comió más de su desayuno.

—Porque eso le gusta hacer. Además, hoy es el día de *dulce o truco*, y presiento que le gustan los trucos.

Se rio entre dientes y negó con la cabeza.

—Es cierto que me encanta gastarte bromas, pero te aseguro que esta no es la ocasión. Yo te hubiera hecho ver al mismo fantasma y no te hubieras dado cuenta.

—Y lo presume —repliqué, y puse los ojos en blanco.

—Quizá sí es una contusión la tuya. —Frotó los chichones de mi cabecita—. Además, estabas medio dormida allá arriba. Es probable que tu cuerpo anduviera sonámbulo mientras curioseabas. Deberías dormir un par de horas si asistirás al evento de las brujillizas.

—No se preocupe. Solo iré un rato.

—¡Lo sabía! —Le dio un golpe en la mesa que me sobresaltó.

—¿El qué?

—Dijiste que no sabías nada al respecto las diez veces que te lo pregunté —señaló con reclamo.

«¡Mierda!».

—Vaya, su poder ha vuelto. ¡Milagro!

La mesera nos dejó el postre, y me perdí un par de segundos en él.

—Sally —me llamó la señora Delios.

—Prometo que solo serán un par de horas. Usted sabe que no me gusta dormir tarde, y ellas no son de mi agrado.

Asintió, creyéndome.

—Si quieres ir a divertirte, estás en tu derecho. Solo sé cautelosa con esas locas pervertidas. No hagas nada que no quieras, ¿de acuerdo?

Dejé salir un suspiro y volví al asentir.

—Tendré cuidado, lo prometo.

Yo podría ser buena gente, pero no era tonta para no darme cuenta de que ellas amaban gastarle bromas pesadas a cuanto ingenuo cayera. Y dada nuestra relación, era de suponer que habría algún truco bajo sus mangas.

CAPÍTULO 5



—Bien —la señora Delios sacó unos billetes de su bolso y los dejó sobre la mesa—, debo ir abrir mi tienda. Hay un grupo de turistas esperándome.

Su local quedaba a pocos metros de donde estábamos, y podía ver por el cristal que había bastante gente moviéndose en las tiendas de recuerdos.

—¿Quiere que la acompañe? —ofrecí, pero ella negó y se puso en pie.

—Termina tu postre, tranquila. —Sonrió y palmeó mi hombro cuando pasó a mi lado—. No me perdonaría que no pudieras disfrutarlo a tu modo —se burló, y se despidió.

Resoplé, y cuando estuve sola, contemplé excitada mi pieza de strudel. Ansiosa, di el primer bocado, cerré mis ojos y gemí mientras lo degustaba a mi modo.

—Joder, Sally, eso es muy escandaloso de tu parte —expresó una voz que odiaba tanto como al brócoli.

Abrí mis ojos y encontré frente a mí a Susana *Cacalina* acompañada de sus secuaces.

—Por los perros del infierno… —Le di una mala mirada—. ¿Qué hacen aquí? —cuestioné impaciente por la interrupción.

Se suponía que era mi momento íntimo con el strudel y apenas lo disfrutaba cuando esas locas invadieron mi espacio. Lo habían hecho adrede.

—Pasé por una tarta de manzana. —Miró mi strudel y luego a mí con esa sonrisa egocéntrica.

—Tú no comes esto. —Entrecerré mis ojos.

Las malditas eran unas varas de nardo y yo, todas esas varas juntas multiplicadas por cien.

—Claro que no, pero mis cerditos mascotas sí. Adoran las manzanas acarameladas tanto como tú.

Las guacamayas a su lado se rieron.

Hice una mueca de desagrado.

—¿Se les ofrece algo, Susana Cacalina y hermanas lelas?

Les dio una mirada rápida a sus amigas, haciéndoles una señal, y en segundos tuve a las tres sobre mí para hablarme en secreto.

—Venimos a darte una invitación especial a la fiesta privada de hoy —murmuró Susana.

—¿Fiesta privada? —Volví a entrecerrar mis ojos, desconfiada—. Creí que la fiesta en el granero era para todos los chicos del lugar.

—Esa fiesta es solo una distracción a lo que en realidad vamos a hacer —declaró Tina con complicidad.

—¿Y eso es…? —Las observé a todas en espera de una respuesta.

—Una fiesta solo de chicas —susurró Argen.

—¿Qué hay de especial en eso? —Alcé mis cejas.

Yo no quería fiesta solo de chicas, yo quería ir a la fiesta para conocer a chicos.

Había un chico hermoso que me hacía ojitos cada que me miraba. Si lo veía en el evento, estaba decidida a dar un paso adelante con él esta noche porque, digo, a mi edad ser una virgen era una burla. Además, era mayor de edad y había investigado mucho sobre eso. Sexo de una noche y adiós, problemas.

Y tenía el buen presentimiento de que hoy sería mi noche de suerte.

—Que seremos solo chicas, pero irán unos cuantos chicos —contestó Tina como si me leyera el pensamiento.

Y eso captó mi completa atención.

—Cuéntame más —pedí curiosa.

Susana tomó una respiración.

—¿Has ido alguna vez a una despedida de soltera?

Mis ojos se abrieron en sorpresa.

No tenía la edad para haber asistido a ninguna. Sin embargo, había escuchado muchos detalles sobre esos eventos por parte de mis vecinas promiscuas. Ellas eran cosa seria. Seguido me enviaban videos para disfrutar de un poco de porno ligero. Y con ellas había investigado todo sobre el sexo y precauciones.

—¿Qué se supone que traen en mente? —curioseé.

Las tres se contemplaron y sonrieron cómplices.

—Contratamos a un grupo de turistas sexis que se dedican a realizar espectáculos solo para mujeres.

—Son estríperes —chilló Tina en voz baja.

—¿Y les creyeron? —dudé.

Vivíamos en medio de la nada, cualquier loco podría hacerse pasar por el mismo Henry Cavill y, ante la necesidad de algo nuevo, caerían como moscas.

—Obvio. Pedimos referencias. Un baile privado que nos dejó con ganas de más —presumió Cacalina con una sonrisa satisfecha.

«Malditas suertudas».

—Juro que morirás de un infarto cuando los veas —aseguró Tina.

Justo cuando me emocionaba las observé a las tres con desconfianza.

—¿Cómo sé que no es una broma pesada de ustedes?

—¿Por qué haríamos eso? —Susana se cruzó de brazos y resopló con indignación.

—Porque es obvio que no nos caemos bien.

Resopló.

—Por favor, es Halloween. Aquí todos somos amigos esta noche hasta el amanecer. Mañana nos seguiremos cayendo mal, lo prometo.

Algo me decía que no les creyera, pero mi lado curioso y morboso tenía más peso.

—¿Qué hay si voy? —Las miré muy atenta.

—Diversión ardiente y sexo, si tienes suerte —murmuró Susana emocionada.

Bueno, dado que había visto a un grupo de turistas sexis y ardientes en el otro bus, y yo seguía siendo una virgen, estaba animada a tratar de tener acción esta noche.

—¿Qué hay que llevar?

Las tres esbozaron una sonrisa amplia.

—Tu atuendo sexi y muchos dólares para que a la hora que bailen se los pongas donde se pueda. —Argen se inclinó hacia mí—. Dijeron que harían bailes privados sin usar ropa. —Se apartó y me dio un guiño cómplice.

No lo pensé más.

—¿Dónde dicen que nos veremos?

—En el castillo —susurró Cacalina.

Mis ojos se abrieron y negué de inmediato.

—No está abierto al público.

—Y no lo estará, por lo menos no para todos. —Las gemelas se rieron maldosas—. Este año he conseguido las llaves. Lo tendremos para nosotras solas. —Metió su mano en la bolsa de su chaqueta y sacó un puñado de llaves, haciéndolas sonar.

—No lo sé, dicen que ahí espantan.

—Claro que van a decir eso. Es un pueblo que vive del turismo, Sally. —Susana torció el gesto.

—Estuve ahí esta mañana —les revelé, y me contemplaron dudosas.

—Mientes —dijo Argen, y yo negué con la cabeza.

—Fui al tour de la señora Delios y me acerqué al castillo.

Las tres me observaron como si me hubieran salido dos cabezas.

—¿Y viste al conde? —inquirió Tina intrigada.

Negué de nuevo.

—Solo a un hombre arreglando el jardín.

—¿Lo ves? No espantan —replicó Cacalina—. La razón por la que está prohibida la entrada al público se debió a que hace años un grupo de vándalos intentó saquear la propiedad y causó gran daño a la infraestructura. Entonces, las familias fundadoras del pueblo colocaron anuncios y exageraron más la historia del supuesto conde para proteger el patrimonio del pueblo.

—Además, escuché que pronto abrirán sus puertas para hacerlo un museo, otra nueva atracción para los turistas —comentó Tina—, pero sigue siendo secreto —murmuró.

No había escuchado nada al respecto.

Y si alguien sabía todo lo que sucedía en ese lugar, era la señora Delios, y seguramente ya me lo hubiera comentado. Le encantaba presumir su pueblo.

Miré a las chicas por un momento. Hacían muecas y resoplaban. Sabían que desconfiaba de ellas.

—Más te vale que no me estés tomando el pelo, porque juro por los perros del infierno que me las van a pagar las tres juntas —advertí seria.

Susana y sus secuaces resoplaron.

—Si te da tranquilidad, puedes preguntarle a Iris. También irá, pero, como dije, se supone que es un secreto que solo nos incluye a doce chicas que intentan divertirse saliendo de la rutina.

—¿Doce chicas? —Elevé mis cejas—. No tendrá nada que ver con rituales y hechizos, ¿cierto?

Algo en mi interior me decía que Susana Catalina era una bruja de verdad. Si bien no tenía pruebas, tampoco tenía dudas.

Todas se indignaron.

—Chica, tienes demasiada imaginación —espetó Catalina con un tono molesto.

—Ese número me suena a película de terror. Obvio que voy a desconfiar de este pueblo.

—Sabes que este pueblo es conservador, Sally —intervino una de las gemelas—. Si nos atrapan, nos darán un castigo eterno. Por eso nadie debe saberlo, o estaremos en serios

problemas.

Eso también era cierto.

Los habitantes eran jodidamente arraigados a sus viejas costumbres y demasiado morales. La gran mayoría todavía vestía como en los siglos pasados, pulcros y elegantes, salvo la generación de Catalina, que vestían como indigentes. Incluso era raro quien hiciera uso del celular como en la ciudad.

—Bien. —La respuesta me salió automática.

—Entonces, ¿estás dentro? —Me miraron incrédulas pero animadas, como si de verdad les interesara mi presencia, y no sé por qué eso me hizo sentir bien.

Asentí, intentando no mostrar mi emoción.

—Genial. Nos vemos en la noche entonces. —Se levantaron de sus lugares para marcharse.

Las gemelas salieron primero.

—Por cierto —Susana se detuvo a mi lado—, cuando entres al castillo, debes gritar «Dulce o truco», hasta que alguien te reciba y te lleve al espectáculo. —La miré atenta—. Tiene que recibirte un chico con disfraz del conde. Lo único que debes hacer es seguirle la corriente hasta que te lleve al salón de castigo. Ahí es donde todas nos veremos —explicó con secretismo.

—¿Con castigo te refieres a donde estarán los hombres semidesnudos con sus juguetes «especiales»?

Ella entrecerró sus ojos, y casi pude jurar que hubo un extraño brillo fugaz en ellos.

—Así es, querida traviesa. Nos vemos en el viejo estacionamiento después del evento en el auditorio. —Me dio un guiño antes de marcharse.

Solo por hoy les iba a dar el beneficio de la duda a las brujillizas, haciendo a un lado el desagrado mutuo, porque hasta yo podía tener un gesto con ellas con tal de encontrar diversión esta noche.

CAPÍTULO 6



—Debo admitir que eres muy buena para las ventas. Las tartas se han terminado antes de lo esperado —comentó la señora Delios, y me entregó una medalla de chocolate que se les daba a los voluntarios que atendían algún puesto.

—Sabe que esto no va a durar, ¿cierto? —Miré el chocolate con antojo.

—Niña, ¿te comes todo lo que ves?

Mis ojos se alzaron hacia ella y le hice una mueca.

—No puedo evitarlo. El dulce es mi debilidad.

Ella se rio.

—Bien, creo que es todo. Tu turno oficialmente terminó. —Colocó el cartel de «cerrado».

—¿Qué hará ahora? —La vi agarrar sus cosas.

—Iré a ayudar en los demás puestos. No falta mucho para que esto finalice, y supongo que tú tendrás que ir a tu evento.

Moví mis manos sobre el chocolate, incómoda.

Quería quedarme con ella hasta recoger todo, pero no deseaba perderme la única fiesta que se hacía anualmente en el lugar.

—Solo iré un par de horas. Prometo mandarle un mensaje cuando llegue a casa.

Ella suspiró y observó su alrededor como si algo le preocupara.

—Solo cuídate —pidió cautelosa.

—Lo haré. La veo mañana —me despedí.

—Sally… —me detuvo del brazo cuando pasé a su lado— cuida mucho ese colgante —señaló el collar que me obsequió de bienvenida—. Es muy especial. No quisiera que lo perdieras por un descuido.

Agarré el colgante y lo escruté con una sonrisa. Ella tuvo el buen gesto de obsequiármelo con un dije de un rojo zafiro. Podría apostar por los perros del infierno que en verdad era un zafiro. Su tienda era de antigüedades y había muchos artículos que llamaban demasiado la atención, como retratos y la joyería fina, que parecían auténticos de siglos pasados. Observaba la joyería cuando este colgante en especial llamó mi atención. Me contó la historia de su antigüedad, y cuando lo toqué, sentí una ligera descarga eléctrica por todo mi cuerpo, fue una sensación agradable y cálida. Entonces ella dijo que el colgante me había elegido a mí, y vayan a saber si eso era cierto, pero no pude negarme a recibirlo como un presente de su parte porque algo en mí me decía que yo era la única dueña.

—También es especial para mí. Y no voy a embriagarme y ser descuidada, se lo prometo

—Eso veremos —murmuró incrédula—. Y, por Dios, pégale un metro de tela a ese vestido. Enseñas demasiada pierna.

Resoplé.

—Sabe que no es culpa del vestido. Ni siquiera está corto.

Era culpa de mis piernas gordas y mi gran trasero que el vestido tuviera ese efecto.

—Ahora entiendo por qué es que volaron los postres en tiempo récord —susurró juguetona.

Me reí entre dientes y me despedí de ella.

Colgué mi bolso. En él llevaba las últimas tres tartas de manzana. Si decía algo, la señora Delios alegaría que los había pagado, así que no había truco en eso. Mi dinero también valía.

Para cuando llegué al estacionamiento cerca del viejo granero las chicas esperaban fuera de sus coches. Su disfraz era de brujas y no había nada nuevo en ellas, salvo la vestimenta demasiado provocativa.

«Y la señora Delios se burla de mí».

Donde una de estas brujas se inclinara hacia delante íbamos a mirar el recóndito nido de la araña peluda.

Sacudí la cabeza, sintiendo un escalofrío de solo imaginarlo.

—Sally, hermoso disfraz —halagó Argen cuando llegué a ellas, pero por el tono de su voz supe que era burla.

«Como ellas se ven perfectas con sus disfraces en sus cuerpos perfectos».

—¿Lista para la fiesta? —preguntó Tina animada.

«¡Quiero ver hombres desnudos! ¡Quiero una noche loca!».

Escondí mis verdaderas emociones y asentí.

—Bien, este es el plan —Catalina nos reunió—: Sally y Tina serán las últimas en ir al castillo. Primero iremos Argen y yo.

—¿Por qué primero ustedes? —cuestioné desconfiada, por obvias razones.

Catalina resopló.

—Porque nadie puede saber lo que haremos. Si ven que desapareces antes de tiempo, sospecharán de nuestros planes. Mi hermanastra está vigilándome a cada segundo. Necesito una coartada, y ahí es donde entran ustedes dos.

Miranda, la hermanastra de Cacalina, era demasiado sobreprotectora. Un pan de Dios, mientras que su hermanastra era el mismo demonio.

—Tina y yo tenemos que adelantarnos a la fiesta del granero para corroborar que todo esté bien, y de ahí partiremos al castillo. Como Miranda te tiene alta estima, le será fácil creer que estarás yendo a apoyarnos con las cajas de bocadillos y bebidas —declaró Argen.

Eso era cierto.

Miranda y yo nos agradábamos. Ella me brindó su amistad apenas nos presentó la señora Delios. Habíamos convivido en muchas ocasiones, por lo que podíamos darnos un voto de confianza con los ojos cerrados.

—Bien. ¿Y dónde se supone que estarán los chicos? —Eso era lo que me importaba realmente.

Ya me había olvidado de Roy, el chico del pueblo, y le había puesto el ojo al rubio nalgón desde que lo vi subir al bus.

«Muero por amasar esa carne. Agua se me hace la boca y algo más».

—Ellos ya están allá desde hace un par de horas ultimando los detalles. Música, sonido, ambientación, etcétera. Por eso es que debemos adelantarnos nosotras como las anfitrionas y

ustedes tienen que entregar las cajas en el granero. Roy estará esperando por ustedes —explicó Cacalina con un tono de fascinación que me contagió.

Roy era un compañero de trabajo y cómplice de ella. Hasta donde sabía, él y su grupo de amigos también formaban parte de la organización del evento en el granero.

—Entonces andando, que se hace tarde —dije animada.

Catalina asintió, dándome su aprobación.

—Sally, recuerda que esto es un secreto —expresó seria, y yo resoplé—. El lugar parecerá silencioso y tétrico, como siempre, pero habrá mucha diversión una vez que estemos todas reunidas en el salón.

—Espero que todas lleguen pronto. No quiero esperar demasiado para el espectáculo. —Saqué las llaves de mi bolso.

—Tú serás la última en subir, así que no tardes si no quieres perderte el primer acto y no olvides las palabras mágicas para recibir sorpresas de bienvenida —me recordó mientras empezaba a caminar hacia su coche.

Asentí con la cabeza, viendo como ellas lo abordaban. Argen me entregó un par de cajas donde había bolsas de frituras y refrescos de lata. Luego caminó hasta su coche color rosa, y encendió el motor.

Antes de subirme a mi viejo Tsuru volví a mirar a las chicas, que mantenían sus sonrisas maliciosas al salir del lugar. Parecían igual de emocionadas que yo. Me pregunté qué habría planeado Susana Catalina para esta noche, porque si algo se le daba bien a esa arpía eran las sorpresas, y no precisamente de las buenas, pero, como ya lo había dicho, esta noche estábamos en tregua y solo quería disfrutar el momento.

Agarré el volante y salí del estacionamiento detrás de Argen. Nos tomaría cerca de media hora estar en el granero y otra subir al castillo. La luna estaba llena y había poca neblina, lo que significaba que, si nos apresurábamos, llegaríamos sin ningún problema.

Estaba emocionada pensando en el evento. Desde que me dijeron sobre chicos bailando con poca ropa mis pensamientos estaban demasiado desatados y lujuriosos.

Era como si el pecado me llamara.

«Una noche de putería no le hace daño a nadie», eso era lo que decían mis antiguas vecinas de ciudad. A pesar de ser más virgen que el aceite de oliva, estaba extrañamente emocionada por alocarme esta noche.

Como lo había previsto Cacalina, me topé con su hermanastra en el semáforo. Me preguntó si me dirigía al evento del granero mientras le echaba una mirada a las cajas que me había entregado Argen. Después de confirmarle que para allá iba, sonrió amistosa, sin dudar de mis palabras.

Luego de seguir el semáforo, conduje al viejo granero que estaba por la salida del pueblo y le entregué las cajas a Roy que Cacalina había indicado. Después de unos minutos de charla cordial, Argen me hizo una señal, y fue cuando regresé a mi coche y pronto empecé a subir la colina.

Argen conducía apresurada, así que no podía seguirle el paso porque a mi Tsuru se le calentaba el motor, y si no quería quedarme tirada en el camino sola, en medio del bosque, tenía que mantener la velocidad baja.

Me resigné a que llegaría a mi ritmo, pero segura.

Argen y el resto ya sabían que mi coche no estaba en buenas condiciones, por lo que, si me demoraba, no iban a extrañarse.

Solo esperaba que no empezaran sin mí.

La carretera sinuosa dio inicio y tuve que bajar aún más la velocidad. La neblina tampoco ayudó porque justo en ese momento subió como la espuma. Debería sentir nervios y miedo porque me encontraba sola subiendo hacia el castillo embrujado, pero cada que daba la vuelta a una curva, acercándome más a la propiedad, la emoción y la excitación eran incontrolables.

Recobré la calma cuando al fin llegué y pude ver la verja de hierro con un escudo emblemático del conde Davenport. Lo primero que noté fue que no había ningún coche a mi alrededor, por lo tanto, supuse que todos estarían encondidos en la parte trasera del castillo para no levantar sospechas.

Apenas iba a salir de mi coche cuando la verja se abrió, dándome el acceso. Entré de inmediato a la propiedad y busqué un escondite para mi viejo Tsuru. Pronto encontré una zona de setos donde podía camuflar mi coche. Luego de estacionarme, salí del auto y me aventuré en la propiedad. De no ser por la luna llena iría a tientas y dándome de trompicones a cada paso, pero corría con suerte: pronto llegué a los escalones de la puerta principal del castillo. No podía estar más emocionada en entrar. Abrí las puertas de par en par y me adentré en la propiedad.

Una temperatura fría me recibió, al igual que oscuridad absoluta, pero sabía que eso era parte de la sorpresa que mencionaba Cacalina, así que no había por qué asustarme.

La ambientación era una parte muy importante del espectáculo.

Me adentré en el lugar hasta llegar al salón principal. Por la luz de la luna que se filtraba por los ventanales miré lo amplio que era. Parecía un salón de baile de siglos pasados, al igual que la decoración. Ahora entendía por qué querían convertirlo en un museo. Era muy elegante y pulcro.

El olor a madera de cerezo impregnó mis pulmones cuando tomé un par de respiraciones.

Después contuve el aire y grité:

—¡Dulce o truco!

Eso hice en más de tres ocasiones.

Antes de dudar de las intenciones de las tres arpías, en el centro del salón surgió una chispa.

Literalmente, era una chispa que luego se convirtió en una cortina espesa de humo, y de ella salió un hombre. Era alto y misterioso, vestido como el conde de los anuncios publicitarios que había en todo el pueblo y mi habitación.

Me quedé inmóvil y extasiada ante su magnífica presencia.

El hombre parecía desorientado mientras observaba todo a su alrededor. Después me encontró con su mirada, y noté su expresión peligrosa. Avanzó hasta donde permanecía rígida.

—Te has atrevido a invadir mi propiedad en medio de la noche, humana inoportuna. ¡Ahora pagarás tu castigo!

Casi me dio un orgasmo al escuchar su voz de barítono y sentir su cercanía.

Esa era mi bienvenida.

«Murciélagos fritos, ahora sí se viene lo bueno».

¡Que empezara el espectáculo!

CAPÍTULO 7



Contuve la respiración. No respondí nada ni me moví.

El hombre era tan imponente que bien podría pasar toda la noche babeando por él, y no era que les hiciera el desprecio a los antiguos prospectos, pero esta delicia estaba muy por encima de todos.

Ahora solo tendría que seguirle el juego y rezar para que la suerte estuviera de mi lado y yo en sus brazos.

Me hice la inocente. También iba a actuar porque no quería perderme el resto del espectáculo a su cargo.

—Lamento haber invadido su propiedad. Le ruego que me disculpe, su excelencia —dije con voz melosa y juguetona, e hice una breve reverencia.

El delicioso conde gruñó y dio un paso hacia delante.

—¡Eso jamás! —Su voz imperiosa retumbó en mi cuerpo y mis piernas casi se doblaron.

Acortó la distancia entre ambos, y sentí cómo mi cuerpo empezaba a acalorarse.

No sabía si habían prendido la calefacción, si estaba en el infierno o si solo era mi cuerpo haciendo ebullición, pero, murciélagos fritos, si esto me provocaba el primer acto moría por conocer el segundo.

Con la poca luz de la luna alcanzaba a ver un destello rojo en sus ojos. Su piel era muy pálida y emanaba un aura fría.

Reconocía que el chico estaba metido en su personificación y hacía muy buena actuación.

—Entonces… —Esperé a que dijera algo más, pero no lo hizo. Por lo tanto, me moví para explorar más el lugar, pero el chico me interceptó en un parpadeo.

Literalmente, fue en un parpadeo.

—Una bruja jamás podría entrar en mi propiedad. —Me observó cuidadoso de pies a cabeza, y vi en sus ojos la supuesta molestia—. Dime, ¿cómo lo has logrado?

Asentí con una sonrisa.

—Bueno, yo solo abrí la verja y entré —expliqué. Guardé mi humor y excitación para meterme también en el papel de bruja inocente.

—¡Mientes! —Hizo un ademán, mostrando los guantes blancos que cubrían sus manos—. Durante siglos mis propiedades han mantenido un poderoso hechizo que repele a cualquier enemigo y solo yo puedo romperlo.

«Esto de improvisar diálogos ya me está gustando».

—Bueno, es obvio que algo falló. —Reí entre dientes.

Él gruñó con desagrado.

—¡Por tu atrevimiento serás sacrificada como la zorra hechicera que eres! —dictaminó con expresión peligrosa, que solo me excitó mucho más, y acababa de llamarme zorra—. Tu muerte será lenta. Te torturaré hasta satisfacerme, y prometo que no quedará nada de ti.

«Huy, ya entramos en materia».

Me agarró del brazo con un poco de brusquedad y me condujo hacia un lugar contrario al salón donde nos encontrábamos. Choqué con la primera pared y grité dolorida. Estaba oscuro y no veía nada.

—¡Oye, deberías ser más considerado con tu invitada! —Me froté la nariz para comprobar que no salía sangre.

Se suponía que tenía que seguirle la corriente hasta que me reuniera con el grupo de chicas, pero el lugar cada vez estaba más oscuro y frío, y empezaba a tener temor de que el chico sobreactuara con otras intenciones.

—No eres mi invitada —rechinó entre dientes.

—Bueno, de la supuesta enemiga que soy —mascullé.

—Jamás tendría consideración con mis enemigos —gruñó casi en mi cuello, y un escalofrío recorrió mi piel.

Retomamos nuestro caminar por el pasillo cuando mi pie chocó con una mesita auxiliar.

«¡Murciélagos en salsa búfalo!».

—Escucha, conde —me detuve con brusquedad—, si no puedes encender la luz, déjame hacerlo a mí. —Busqué con mi mano libre mi celular de entre mis pechos, donde tenía las llaves de mi coche y dinero también.

Era una ventaja tener las tetas grandes. Cabía de todo, como el baúl de la abuela.

—No podrías hacer hechizos dentro de mi propiedad aunque quisieras. Únicamente yo puedo hacerlo —reveló en un tono burlón.

—Entonces enciende tu celular —pedí justo cuando me di otro golpe.

«¡Auch!».

A cómo iba llegaría al espectáculo bien madreada.

—No tengo idea de qué sea eso. Hablas demasiado extraño, mujer.

Alcé mis cejas y busqué su rostro, queriendo ver su expresión. En verdad se tomaba su papel muy en serio.

—Puedes encender una maldita lámpara, o voy a morir por una contusión antes del espectáculo.

El supuesto conde gruñó, pero con un chasquido de sus dedos el pasillo se iluminó por antorchas, y fue justo a tiempo, porque estaba a punto de chocar con una armadura de caballero si no lo hubiera hecho.

—Un truco demasiado cliché, pero fuiste muy amable. —Sonreí agradecida.

—¿Crees que es un truco cliché? —Asentí con la cabeza, y él hizo un intento de risa—. Es magia. Soy el ser más poderoso que existe.

—Oh, sí, seguramente —murmuré con sarcasmo.

—¿Crees que puedes superarme? —Su voz era una provocación.

Me apresuré a encender la luz del móvil y se lo mostré.

—*Voilà!* —Lo miré victoriosa, pero él se detuvo abruptamente, me soltó y dio un paso atrás.

—¿Cómo…? —tartamudeó impresionado por mi acción—. Por los perros del infierno, ¿cómo has hecho eso?

Miré mi móvil y luego a él un tanto confundida.

Sin duda, Cacalina había contratado al mejor actor para este evento.

El chico mostraba sus expresiones genuinas, que me obligaban a seguirle el juego solo para ver más de él.

—El celular trae esa herramienta. Es un dibujo de una lamparita de mano. —Le mostré el icono, pero él retrocedió otro paso.

—¿Qué clase de magia es esa? —Sus ojos estaban muy abiertos y tenía una posición de ataque.

Resoplé.

—Ninguna.

—¿Cuál es tu nombre, hechicera? Exijo que me lo digas.

Entrecerré mis ojos.

Si el chico no conocía mi nombre, era una ventaja. No quería que anduviera mencionándome cuando contara sus experiencias de esta noche.

—Soy… eh… —Me vino un nombre a la mente con rapidez—. Soy Morgana. —Alcé mi mentón con seguridad.

Conocía ese nombre por una vieja historieta. Solo sabía que era una poderosa y muy hermosa hechicera que había derrotado a Merlín, el hechicero del afamado rey Arturo.

—¿Morgan le Fay? —cuestionó asombrado.

Mis cejas se arrugaron en confusión por su reacción, pero asentí con mi cabeza

—Morgana está bien.

—¡Blasfemas! —espetó indignado.

Estaba a punto de admitirlo, pero el conde volvió a agarrar mi brazo y me obligó a mirarlo. Me quedé pasmada. No le había prestado atención por la oscuridad, pero ahora que estábamos cerca no perdí detalle. Era hermoso y parecía tener mi edad. Su quijada era cuadrada y cincelada, sus ojos estaban dilatados en un negro profundo y tenía un extraño destello en rojo en el centro de sus pupilas —seguro eran lentillas—, su nariz era recta y perfecta, y sus labios, largos y delgados. Quería acariciar su hermoso y perfecto rostro, lamer su piel pálida y mordisquear sus labios.

«Por el Hades».

Maldita lujuria, mi cuerpo estaba caliente de nuevo.

Comenzaba a pensar que había algo en el ambiente que estaba causando esos extraños efectos en mi cuerpo. Quizá era su aroma a bosque fresco y quizá menta y… tierra.

—¡Responde! —rugió, sacándome del trance.

—Ah, sí —dije sin saber a qué se refería—, poseo magia poderosa. Quizá más que tú.

Me dio una mirada penetrante.

—Muéstrame entonces —me provocó.

—Te mataría. —Me reí entre dientes.

—Soy inmortal, y el más poderoso —aseguró.

Le di la razón con un asentimiento.

Entre más pronto termináramos con eso, más pronto nos iríamos al espectáculo. Se suponía que ya había llegado todo mundo y odiaría que empezaran sin mí.

Agarré de nuevo mi celular para entrar a Google y buscar un truco básico. Solo era cuestión de seguirle la corriente para poder retomar nuestro camino.

—¿Qué haces? —Contempló la pantalla—. ¿Cómo haces eso? —Su voz se alzó.

Le di una mirada confusa.

—Con el dedo…

—¡No te burles de mí, maldita hechicera!

—Pero eso es lo que estoy haciendo…

En un parpadeo, me arrebató mi celular. Sus ojos se agrandaron y luego me miró.

—¿Quién te ha creado? —Exigente, apretó un poco mi brazo.

—¿Diosito? —Gruñó como una bestia. «Bien, respuesta errónea»—. ¿Mi papá y mi mamá? —intenté de nuevo.

—No me engañarás con tu escalofriante sentido del humor, hechicera. Tu magia… —Negó con la cabeza—. Jamás había visto cosa igual —murmuró calculador.

Cuando creí que no podía ser más ridículo el momento, la pantalla de mi celular se apagó, pero volvió a encenderse de inmediato, mostrando la imagen de su figura en el póster que le robé a la señora Delios. Lo tenía abrazado y le daba un beso en su mejilla.

«Murciélagos empanizados».

Iba a morir de vergüenza.

CAPÍTULO 8



—Eso… —rasqué mi cabeza, avergonzada— no es lo que parece. —Traté de no hacer incómodo el momento.

No quería que creyera que era una lujuriosa desvergonzada. Bueno, sí lo era, pero él no tenía por qué saberlo.

Él abrió sus ojos y detalló la fotografía en la pantalla. Quise que me tragara la tierra. Era una imagen comprometedora, pero en realidad no era él.

Abrí mi boca para aclararle la situación, pero él lo hizo primero.

—Mi alma… —Jadeó afectado y retrocedió sin soltarme, ni mi celular—. ¿Cómo es que posees mi alma, maldita hechicera? —Se miraba confuso y luego irradió furia.

—Por la estaca de Drácula —mascullé—, solo es uno de los pósteres que están por… —Mi celular se hizo añicos en el piso y yo jadeé—. ¡¿Qué haces, idiota?! —chillé impresionada de cómo demonios fue que pudo, literalmente, hacer añicos mi pobre celular.

Por el Hades, tardé un año para pagarlo.

Intenté zafarme de su agarre, pero el muy necio no me lo permitió.

—Liberé mi alma —declaró orgulloso.

Parpadeé rápido y dejé de mirarlo para observar mi viejo celular.

—¡Estás demente! ¡Esto no es parte del juego!

El idiota torció una mueca de suficiencia.

—Ahora morirás. —Parecía haber maldad en su sonrisa.

Decidí que ya no quería ser parte de esa actuación.

No sabía si a las chicas les hicieron lo mismo, pero ya no iba a seguirle la corriente. De verdad estaba indignada con el condenado conde por lo que le hizo a mi celular.

—Pues hazlo de una vez. Tengo prisa por llegar a un espectáculo con el resto de las chicas y tú únicamente me has estado retrasando todo este tiempo.

Sin responderme, me jaló del brazo para no perder la costumbre. Me apresuré a seguir sus largas zancadas.

Una vez que terminamos de cruzar el pasillo, bajamos por una escalera de caracol de piedra, que se iluminaba con antorchas que se encendían por sí solas.

—Qué innovador lo de los sensores de movimiento —halagué con sarcasmo, pero tampoco respondió.

A pesar de estar cada vez más frío, mi cuerpo se mantenía con calor por lo apresurada que

caminaba detrás del hombre. Pasamos por un par de puertas de gruesa madera, y supuse que era algún tipo de bóveda. Solo esperaba que entráramos pronto al espectáculo. Después de pasar varias puertas más, el conde abrió una y me metió de un tirón. Estaba oscuro y no tenía más mi celular para guiarme.

—Luz, por favor —pedí molesta.

—¿Tu magia se agota, hechicera? —Parecía victorioso.

—Idiota, estropeaste mi celular y, sin él, no puedo ver nada.

—La poderosa e inmortal Morgana, al parecer, no es quien dice ser —se burló.

—Todo es una jodida actuación. Ya puedes dejar tu papel. ¡Enciende la maldita luz y llévame con mis amigas! —Finalmente, perdí la paciencia.

Con otro chasquido, las antorchas del lugar se encendieron. Pese a que esperaba a que ahí estuvieran Cacalina y el resto de las personas, lo que miré me dejó con la boca abierta y sin aliento.

—¿Qué es esto? —No pude dejar de observar el sitio.

—¿No es obvio? Es mi cámara de castigo —presumió arrogante.

Y sí que lo era.

Estábamos en el túnel del tiempo, en la era de la inquisición, al parecer.

En la habitación estaban todo tipo de objetos de tortura. Había un par de doncellas de hierro, una a cada extremo del salón, y también un potro triangular, una mesa con cuatro cuerdas, un banco en forma de triángulo, estacas de grandes dimensiones e incluso un toro de hierro en tamaño real, con un costado abierto.

Mi cuerpo se crispó.

«¿Qué clase de habitación es esta?».

Esperaba que fuera un simple recorrido como parte de su actuación, una recámara con una amplia cama de dosel, por ejemplo, pero eso parecía un museo de la santa inquisición.

—Te dije que te torturaría hasta la muerte. —Mostró una sonrisa taimada y avanzó hasta el centro de la habitación.

—Pensé que hablábamos de algo sexual. Tú, yo y una cama de madera resistente —murmuré, y tragué en seco cuando se detuvo y me dio una larga mirada de cabeza a pies sin expresión alguna.

—Eres hermosa, hechicera, pero, como bien sabes, los vampiros solo podemos copular con nuestras almas afines. Jamás sentiremos deseo sexual si no es por nuestra pareja destinada.

Mi boca se abrió, sintiendo un ligero calor en mis mejillas por su sutil forma de rechazarme.

Ahora sí quería irme a casa.

Por mi sano juicio, no iba a tomármelo personal.

—Eso es romántico —admití. Ojalá todos los hombres fueran vampiros y la fidelidad, su mandamiento.

Él hizo un movimiento de cabeza.

—Elige el arma de tortura con la que desees morir —dijo con naturalidad, y empezó a quitarse sus guantes de piel, dándome una mirada rápida.

—Muy gentil de tu parte —ironicé—, pero podemos saltarnos esto. Ya no es divertido.

—Lo es para mí.

Por primera vez logré ver su sonrisa genuina, y era hermosa.

Mis piernas volvieron a flaquear.

¿Qué tan mal estaría mi mente para sentir un ardiente deseo al ver sus colmillos afilados de utilería?

—Escucha, condenado hermoso, ya no quiero jugar. Solo llévame a donde se va a celebrar el evento. —Caminé hacia la puerta, abandonando el juego—. No quisiera gastar mi fortuna en pagar por un evento exclusivo solo para mí porque alguien no me dejó llegar a tiempo al espectáculo.

Y eso era porque no llevaba suficiente dinero en efectivo para darme ese lujo.

—Bien. Entonces considera esto como tu evento exclusivo y no tendrás que gastar ninguna moneda de oro por mi servicio.

Suspiré rendida.

El bobo seguía en su papel de conde furioso y vengativo. Quizá solo ese era el modo de lograr hacer que me llevara a la fiesta.

—Está bien. Si tengo que elegir alguno… —miré a todos lados de nuevo, esperando elegir algo que me favoreciera— elijo la tabla. —Era como la mesa de cuatro cuerdas.

Alzó sus ojos y asomó una sonrisa astuta.

—Tu hora ha llegado, hechicera. ¿Algo que quieras decir como tus últimas palabras? —Alzó sus cejas perfectas en espera de mi respuesta.

—Se supone que debes cumplir mi última voluntad —reclamé con fingida indignación.

Él resopló.

—¿Y cuál es esa?

—Quiero ver a los chicos semidesnudos —murmuré reflexiva.

Entrecerró sus ojos con desagrado.

—Arderás en el infierno por lujuriosa. —Puse los ojos en blanco.

«Quizá tenga razón, pero, si los veo, me iré bien despachada».

Extendió su mano desnuda y agarró la mía. En ese momento, algo extraño sucedió. Una descarga eléctrica me hizo gritar y retirar mi mano de inmediato. Él y yo nos miramos desconcertados. Estaba segura de que él también lo sintió porque había algo extraño en su expresión. Todo el odio y furia que destilaba hacía unos segundos se había esfumado, mostrando ahora solo confusión.

—¿Eres… real? —susurró, y agarró mi mano de nuevo, sintiendo el mismo efecto, pero esta vez no grité a pesar de que mi corazón latía demasiado rápido y mi cuerpo ardía como el infierno.

—De carne y hueso —aseguré, y quise recomponerme.

Movió sus ojos como si pensara algo importante.

—Sentiste nuestro contacto.

Asentí con la cabeza.

—Por poco y quedo frita con la descarga. —Le sonreí—. Chico, este truco ha sido el mejor de la noche. Aunque son un cliché las descargas eléctricas, me tomó desprevenida. Hablaré maravillas de ti para que sigas siendo nuestro conde los años entrantes. Tu actuación ha sido de primera. —Intenté dar por terminado su espectáculo y salir de ahí antes de que hiciera otro truco con descargas eléctricas o algo más intenso.

—¿No te das cuenta? —Parecía afectado.

—¿Que? Ah, debo darte propina —Tonta, claro que se la merecía a pesar de dejarme sin celular, hacerme chocar con las paredes en varias ocasiones y su broche de oro, una inolvidable descarga que me hizo arder, literalmente, todo el cuerpo.

Metí mi mano entre mis pechos, pero él negó y agarró mi mano, mirándola y luego a mí.

—Tú eres… mi alma afín.

«¿Que yo qué?».

Alcé una de mis cejas, indecisa de si seguirle o no el juego.

Supuse que el chispazo eléctrico también lo afectó a él.

Me miró aún con expresión aturdida y acarició mi mano. Lo hizo de manera suave y delicada.

Parpadeé, intentando calmar mis latidos. Eran tan fuertes que los sentía retumbar como tambores en mis oídos.

—Pero no lo entiendo —musitó quedito—. ¿Cómo una bruja podría ser mi alma afín? —Sus ojos chocaron con los míos, llenos de curiosidad—. ¿Hace cuanto que pisas la tierra?

Aquí íbamos de nuevo. Pensé que habíamos terminado el juego.

—Eh, bueno, yo nací hace diecinueve años.

Pestañeó asombrado y me miró profundamente, haciéndome sentir extraña, pero en el buen sentido.

—Aseguraste que eras Morgana. Debemos tener la misma edad.

Entrecerré mis ojos y me cuestioné si dejaría en algún momento su personaje.

—Sabes bien que no soy la verdadera Morgana — aclaré, y él se sorprendió aún más.

Y su reacción a mí me asombró.

—Eso explica por qué eres demasiado joven y hermosa.

Sonreí como estúpida, porque poco recibía cumplidos de ese tipo.

—Ya te ganaste una buena propina. —Guiñé coqueta—. ¿Y tú qué edad tienes? —pregunté, ya que seguíamos con el juego.

—Muchos siglos —respondió con voz nostálgica.

—¿Tu familia…?

Negó con la cabeza.

—Solo somos yo y mi soledad, pero al fin te encontré y ya no tendré que estar más solo en toda la eternidad. —Sonrió esperanzado, y sentí que mi estómago se apretaba.

Murciélagos en escabeche, se escuchaba tan sincero.

De verdad sabía actuar, porque ya me tenía con un nudo de emociones.

Intentó abrazarme, pero retrocedí todavía más.

—Aguarda, Romeo —lo detuve—. ¿Puedes dejar de actuar? Me estoy sintiendo incómoda —pedí con amabilidad, pero sin mentirle.

—¿No lo entiendes aún? —Arrugó sus cejas, y negué con la cabeza—. Eres mía. Mi consorte. Mi alma destinada.

Cuando noté que intentaba abrazarme otra vez, estiré mi mano, poniendo distancia, y él abrió sus ojos. Ahora que los veía, ya no tenían ese destello rojo. Sin embargo, sus pupilas estaban dilatadas.

—Aguarda de nuevo… —Tragué saliva.

Había escuchado hablar a la señora Delios sobre el alma afín del conde, incluso de cómo era que se podía dar el reconocimiento entre la pareja, y tenía que admitir que el chico sabía muy bien sus líneas.

Y quería creer en mi mente retorcida que su actuación la usaba para ligar conmigo.

Era un encanto de hombre, no iba a negarlo, y como ya nos habíamos retrasado más de media hora en su presentación o lo que fuera que hiciera, iba a ceder a un poco de diversión.

El ambiente ya no se sentía tenso entre ambos. Ahora había otro tipo de tensión.

—¿Piensas que soy tu alma afín? —La sonrisa volvió a sus labios, así como el calor a mi cuerpo—. No eres uno de esos pervertidos, ¿verdad? —Negó de inmediato, sintiéndose ofendido, y yo le sonreí tímida—. Bien, entonces, ¿puedes demostrarme qué tan verdadero es eso de las almas afines?

Asintió entusiasta.

Ya que estábamos solos y perdidos a saber en qué parte del castillo, iba a aprovechar mi noche.

Ya luego lidiaría con Cacalina y sus aliadas.

—Claro que te lo voy a demostrar, amada mía. —Sonrió sensual, y juro que salieron chispas por toditos los poros de mi cuerpo—. Cuando encontramos a nuestra alma afín, la primera etapa es el despertar —me informó, y sostuvo mis manos—. Tu consciencia, corazón y tu alma, todo tu ser reconoce a su pareja, aunque jamás la hubieras visto antes. Al encontrarnos, nuestros sentidos cobran vida y únicamente tenemos la capacidad de sentir atracción y deseo sexual por nuestra pareja eterna. —Hizo una pausa y me observó serio—. Hace un momento mencionaste que querías ver a chicos semidesnudos… —murmuró con decepción, y me sentí avergonzada.

—Bueno —empecé—, al venir aquí, sabes que fui invitada al evento solo para mujeres, y se supone que chicos semidesnudos son el alma de la fiesta.

Sus cejas se arrugaron mientras me contemplaba contrariado.

—Acabo de despertarme por tu presencia, y puedo asegurarte que no hay nadie más que nosotros en todo el castillo —dijo con una convicción que me paralizó.

CAPÍTULO 9



—¿Cómo es eso? —Parpadeé con rapidez. Tenía que estar bromeando.

Yo misma miré cómo Argen iba delante de mí en su coche. Tenía que estar bromeando o siguiendo aún su actuación.

—Querida Morgana falsa —su voz interrumpió mis pensamientos—, ¿recuerdas cuando te mencioné que existe un hechizo poderoso en mis propiedades? —Asentí al recordar esa parte de su diálogo—. Nadie puede entrar ni romper ese hechizo, y si lo hiciste tú, es porque eres mi alma afín. Y nada malo puede pasarte ahora que se ha reconocido nuestro vínculo.

—No entiendo —murmuré confundida con la información que acababa de recibir—. Hablas tan real que estoy empezando a dudar de todo esto.

Me había dejado fría su declaración. Lo peor de todo era que le creía.

Estaba contrariada y excitada, pero también furiosa con Catalina y sus serviles.

Me habían vuelto a ver la cara de bruta.

—Sé que es mucha información para digerirlo pronto, pero te prometo ser paciente. —Agarró mi mano y la besó.

Cuando eso sucedía, mi cuerpo cobraba vida. Había una especie de calor eléctrico cubriendo mi cuerpo. Estaba segura de que eso ya no era uno de sus trucos.

—¿Qué me sucede? —pregunté jadeante.

Tenía que averiguar pronto qué había en el ambiente que mis hormonas exigían acción.

—Es nuestro vínculo, querida. —Sonrió y me acercó a él.

Esta vez no puse resistencia. Juro que no hubiera podido aunque quisiera. Era como si una energía magnética me dominara.

—Esto que siento… —No pude terminar de hablar porque él asintió.

—Así es, nuestros cuerpos se llaman. Se necesitan, mi amada consorte.

Por más deschavetado que se escuchara, así lo sentía. El chico no mentía en eso. Mi cuerpo quería su contacto.

—¿Qué debemos hacer? —Lo miré inquieta.

Me mostró su hermosa sonrisa taimada, que me excitó mucho más.

—Acompáñame. —Me sujetó de la cintura.

No supe cómo es que pasó, pero, literalmente, en un parpadeo estábamos en otro lugar.

—¿Qué truco fue ese? —Jadeé desconcertada y contemplé mi entorno.

¡Él acababa de hacer un verdadero truco de magia!

—Ningún truco. Es teletransportación —respondió con naturalidad, como si fuera algo común para él.

—¿Qué eres? ¿Descendiente de David Copperfield? —cuestioné sarcástica, sintiéndome mareada y con ganas de vomitar.

—No conozco al susodicho de ese linaje. Los vampiros contamos con muchos dones, y este es uno de ellos —presumió orgulloso.

Y ya me picaba la curiosidad saber qué más podía realizar.

—¿Manejas algún tipo de control mental? —Afirmó con la cabeza una vez más—. ¿Puedes hacer algo por mí?

—Lo que sea para hacerte feliz, amada mía.

Me sonrojé como si me lo creyera, pero hablaba muy en serio cuando decía que mis bragas se mojaban cada que me hablaba dulce y sensual. Sin embargo, antes de que mis hormonas cachondas me convencieran necesitaba saber si lo que me decía aún era parte de su actuación, porque, por el truco de la teletransportación, ya lo dudaba.

—Si todo lo que has estado diciendo es verdad, quiero que congeles mis emociones y te muestres como realmente eres. —Sabía que era una locura, pero en verdad necesitaba saber si lo que él decía era verdad o era un aficionado al teatro.

—Mi amada, no tendría por qué mentirte. Jamás haría tal deshonra.

Era tan cursi que me derretía, aunque fuera mentira.

—¿Crees que puedas mostrarme algo más para convencerme? —insistí, y sentí la adrenalina correr por mis venas a la velocidad de la luz cuando, sin dudarlo, asió mi mano y se la llevó al pecho mientras mantenía su mirada penetrante en la mía.

Seguido de eso empecé a sentir un ardor en la palma de mi mano, como si una braza me quemara.

Hubo un parpadeo a mi alrededor y, antes de poder quitar mi mano de su pecho, ya me encontraba en otra habitación sin él, pero en realidad no era una habitación, era como si estuviera dentro de una película muy muy antigua.

Estaba confundida. Pensé que era otro truco hasta que observé muy bien todo a mi alrededor y lo entendí.

Era su vida pasada…

Él estaba junto a su familia. Por sus atuendos, dejaban claro que tenían algo que ver con la realeza y estaban en medio de una gran celebración en lo que parecía ser el castillo actual. Todos reían y bailaban. El chico sonreía al lado de sus padres, pero de pronto su sonrisa se borró y en su mirada se reflejó el pánico. La seguí al tiempo que hubo una explosión y todo se hizo humo y caos, gritos y llantos.

Parecía un ataque, y había demasiados muertos, incluyendo a sus padres, y él se quedó agonizante.

Quise correr en su ayuda, pero no logré moverme de mi lugar. Sentí que mi corazón iba a salirse por mi garganta al ver esa masacre. Todos morían y él se resistía. Entonces, de la nada, apareció una anciana en busca de sobrevivientes y se acercó a él, que agonizaba al lado de sus muertos. Ella agarró su brazo y, en medio del consuelo, se inclinó hacia él y le dio una mordida en el cuello y otras más en varias partes de su cuerpo.

Mordía mi mano para no gritar por lo que veía, porque tenía miedo de que la mujer me descubriera.

Contemplé al chico. Gritaba y se retorcía dolorido. Y la mujer se había desvanecido en una nube de humo. Miré hacia todos lados, en busca de una salida. Lo único que quise fue salir de

esa película de terror. No obstante, cuando volví a mirarlo, él se removió y se levantó vigoroso, sin una sola herida. El chico estaba convertido en un…

El enlace se rompió y mis ojos se abrieron al observarlo de nuevo.

—Dios, eres un… —jadeé conmocionada.

Estaba sin habla. Ni siquiera respiraba.

Él bajó su rostro al piso.

—Un vampiro —terminó mi frase con una expresión nostálgica—. El conde Athan Davenport, nada menos —susurró cauteloso.

Volví a detallar su vestimenta antigua y su forma de hablar. Era el mismo chico que el del retrato a su espalda.

«¡Murciélagos fritos, es real!».

—Yo… —Tragué grueso y miré a todos lados en busca de algo.

«Una puerta o una ventana».

Lo escuché soltar una larga exhalación y me giré a contemplarlo.

—Quieres irte, ¿verdad? —Su voz era tan suave—. Ahora que sabes la verdad tienes miedo de mí. —Su mirada chocó con la mía.

Y tenía razón, quería salir corriendo hasta llegar a mi departamento y encerrarme en el baúl de la abuela, pero había algo que me mantenía con los pies pegados al piso.

—Mencionaste que soy tu alma afín. —Asintió apenas. Estaba triste y decepcionado—. Cuando nuestra piel hizo contacto, no era un truco, ¿verdad? —Negó—. Todo este tiempo yo creí…

—Creíste que era una improvisación —terminó por mí.

Ahora era yo quien afirmaba con la cabeza, sintiéndome estúpida.

Todo este tiempo él me decía la verdad y yo creía que era parte del espectáculo.

—Entonces… —tragué grueso— ¿ibas a matarme de verdad? —Mi cuerpo se tensó al recordar que ese era el motivo por el cual estábamos en esa mazmorra, pero si hubiera querido dañarme ya lo hubiera hecho. No había nadie que pudiera impedírselo.

—Supuse que eras una hechicera muy poderosa por haber podido entrar a mi propiedad.

Sonreí mientras negaba.

—No poseo ninguna magia. Solo soy una simple mortal.

Sus ojos me observaron atentos, como si dudara de mis palabras.

—Hiciste aparecer luz de ese objeto y tenías ahí a mi alma prisionera. Yo mismo la miré.

Su inocencia me derretía.

—Eso no era tu alma, y ese objeto se llama celular. No es brujería, es tecnología.

Por su expresión, me di cuenta de que no sabía de qué demonios le hablaba.

—Ha pasado tanto tiempo —musitó abatido—. No he sabido de los avances en el mundo. Me quedé dormido cuando recién se había inventado la primera bombilla.

Su respuesta me hizo jadear, consternada.

—¿Cómo es posible? Eso es demasiado tiempo.

Asintió apenas.

—Lo sé. Sigo despierto de milagro.

—Yo… no sé qué decir. —Por primera vez estaba muda. Y no podía dejar de sentir pena por él—. Lo lamento de verdad, conde Athan Davenport —dije por primera vez su nombre, saboreando las palabras.

Agarré su mano y sentí una vez más esa electricidad. Athan apretó mis dedos con suavidad, y mi corazón se aceleró.

—Gracias por tu compasión, querida —murmuró quedo.

Me acerqué más a él, queriendo abrazarlo y consolarlo porque ahora me percaté de todo lo que había sufrido a lo largo de este tiempo.

El pobre estaba solo, encerrado en este castillo, donde se mantenía alejado del mundo exterior.

—No hagas eso, por favor —pidió en un gruñido que me hizo apartarme al instante.

—¿Vas a matarme para beber mi sangre? —pregunté al ver sus pupilas chispear en un rojo intenso.

Abrió sus ojos y negó de inmediato.

—Jamás lastimaría a mi alma afín. Eres lo más sagrado para mí —respondió serio.

—Entonces, ¿por qué tus ojos están dilatados y rojos?

—Han pasado muchos siglos. Ahora que me has despertado yo… —Mostró una expresión tímida, que le impidió continuar.

—Tienes que alimentarte, satisfacer tus necesidades. Lo entiendo. —Eso era lógico. Necesitaba sangre fresca para poder vitalizarse.

Y me sentía aliviada de no ser parte de su menú.

Sonríe de medio lado.

—Bueno, no sé cómo funciona esto en tu mundo. —Escrutó sus pantalones.

Me uní a su mirada y mis ojos se abrieron.

«Ay, por los perros del infierno».

—¿Tienes una estaca ahí? —Tragué grueso.

«¿Cómo es que tiene una estaca clavada ahí si se supone que va en el corazón?».

Athan levantó sus ojos muy abiertos y nuestras miradas se encontraron.

—En mis tiempos, se le llamaba miembro viril o reproductor.

Sus cejas se arrugaron, confundido.

Bajé mis ojos de nuevo a sus pantalones.

—Eso es. Tú… —Mi garganta se secó, dejándome sin palabras una vez más.

—Mi miembro viril —dijo con voz insegura.

Pero ¡era grande y grueso, como una estaca!

CAPÍTULO 10



Tuve que apartar mi mirada más a fuerza que de ganas. Su tamaño me tenía impresionada. Si bien no había visto penes reales, había visto demasiadas estacas en el pueblo. Según la señora Delios, todos los habitantes guardaban estacas de roble blanco en sus hogares para protección, por si había algún ataque vampírico o de brujas. Hasta yo tenía una debajo de mi cama por si acaso.

—Bueno, yo no me refería a eso, pero ya me ha quedado claro. —Athan sonrió al entender mis palabras en doble sentido—. Solo quería abrazarte para hacerte sentir mejor —confesé, y me acerqué de nuevo.

—Querida, me siento mejor desde que sé quién eres.

Ambos sonreímos.

Y fue él quien me abrazó, dándole calor a mi cuerpo a pesar de estar frio como un muerto.

—¿Y qué se supone que haremos ahora? —Alcé mi mirada, expectativa.

Esas era mis hormonas preguntando, porque mi sano juicio me ordenaba huir ahora que conocía su verdadera identidad, pero lo cierto era que no quería apartarme de él.

Ya no le tenía miedo, era justo lo contrario.

Me sentía protegida por ese sexi y condenado vampiro.

—Se me ocurren muchas cosas —susurró con voz sensual, y rozó sus labios con los míos—. Para empezar… necesito tocarte. —Sus labios fríos pasaron por los míos de nuevo y un gemido se me escapó de la boca al sentir su contacto.

Mi cuerpo ya ardía como el sol, ansiando por más.

—Hazlo. Tócame, conde Athan —supliqué anhelante.

Sus ojos brillaron de entusiasmo a la vez que sus manos acariciaban mi espalda y sus labios chocaron con los míos, dejándome saber su falta de experiencia, pero yo estaba igual. Lo único que había besado era el póster que había robado del jardín de la señora Delios con la imagen de él. Sin embargo, Athan lo intentó. Movió sus labios hasta asomar su lengua, que exploró y buscó la mía. Ambos jadeamos conforme el beso se consolidaba, volviéndose más indecente y primitivo.

—Necesito tenerte —movió sus caderas para mostrarme a qué se refería—, pero no sé cómo se hace el cortejo antes de la copulación.

«Tan anticuadamente cursi».

Casi gemí de excitación por su inocencia.

—Yo tampoco sé —confesé con una sonrisa nerviosa—, pero juntos podemos averiguarlo.

Se apartó, me sonrió y miró por encima de mi hombro. Sabía que observaba la cama. Era lo único que había a mi espalda. Agarré su mano y lo guie hasta ahí. Fui la primera en subir al colchón y me acomodé en el centro. Athan me siguió y se colocó en medio de mis piernas. Aunque estaba igual o más nervioso que yo, trataba de permanecer en calma.

—Dime qué hacer —pidió dispuesto, con su mirada recorriendo mi cuerpo.

—Quizá comer algo primero. —No sabía cómo funcionaba eso para ellos, pero estar dormido tantos años seguro le había abierto el apetito.

—No tengo hambre —aseguró, y me observó con deseo—, no de comida —aclaró insinuante.

Suspiré anhelante.

—Bien, entonces creo que lo primero que debemos hacer es quitarnos la ropa —sugerí, y contemplé su reacción.

Por primera vez en mi vida estaba muy nerviosa y excitada a niveles inimaginables.

Había visto porno, leído libros eróticos, escuchado guarrada y media de mis puercas vecinas de ciudad, pero jamás había estado a solas con un chico hasta esta noche, y de verdad ansiaba este momento.

Sentía esas mariposas en el estómago, las coquillas y el dolor punzante en mi intimidad, y la humedad que empapaba mis bragas. Todo eso era una señal clara de que estaba segura de lo que quería. Mi cuerpo estaba listo. Quería a Athan, aunque fuera por esta noche.

Sus manos nerviosas se estiraron a donde estaba el corsé de broches delanteros. Sus dedos torpes intentaron mover los listones sin conseguirlo.

Sus gestos hacían que mi corazón se enterneciera.

Decidí tomar la iniciativa.

—Déjame hacerlo yo primero. —Acerqué mis manos a su camisa negra y empecé a quitar sus botones, tratando de mantener mi vista en ellos, porque al sentir su mirada penetrante podía hacer una locura y quería que nuestra primera vez fuera especial.

Cuando terminé de desabotonar la camisa, la quité de sus hombros, dejando su torso desnudo. Su piel pálida no era impedimento para apreciar su belleza. Su complexión era delgada, pero tenía músculos y una tableta de cuadros bien definida. Se me hizo agua la boca, pero me obligué a continuar para quitar el resto de su ropa.

—¿Puedo intentarlo de nuevo? —pidió con voz ronca.

Mis ojos se encontraron con los suyos y le di una sonrisa de consentimiento.

Sus manos habían dejado de temblar y se apresuró a quitar el corsé sin dejar de ser cuidadoso. Cuando quedé en sujetador, se detuvo de nuevo. Tomé aire suficiente para que no acobardarme e ignorar los nervios y las inseguridades de mi cuerpo.

—Antes las mujeres usaban demasiadas capas de ropa para llegar a donde estoy ahora.

Me reí y asentí con la cabeza.

—Conocí a mi bisabuela, y siempre decía lo mismo, pero los tiempos han cambiado demasiado, y, en algunos casos, eso es muy bueno.

Athan también sonrió más relajado y volvió a bajar sus ojos a mi sujetador.

—Esta ropa es menos de la mitad de lo que era antes. —Tragó grueso y observó mi sujetador de media copa, por lo que media pechuga me quedaba fuera.

Me reí y me giré un poco para darle acceso al broche, que estaba en mi espalda. Mi corazón se aceleró al sentir sus dedos fríos tocar levemente mi piel. Lo escuché soltar un suspiro, el cual lo pausó, y volvió a tomar aire.

—Tu piel es hermosa —susurró, y pasó las yemas con delicadeza. Despertó la calidez en ella.

—Gracias —murmuré conteniendo mi voz.

Lentamente, regresé de nuevo a mi posición y quedé frente a él con las tetas al aire. Sus ojos se abrieron, y lo miré con las cejas arrugadas. Sabía que mis pechos eran grandes, pero no pensé que pudieran conmocionarlo tanto.

Avergonzada e incómoda, llevé mis manos a mis jugosos melones. Athan estiró su mano, y pensé que me lo iba a impedir, pero no fue así. En vez de eso agarró el colgante que la señora Delios me había obsequiado como regalo de bienvenida y lo escudriñó atento.

—¿Sucede algo? —indagué incómoda.

Con el dije en la palma de su mano, levantó sus ojos hasta los míos.

—¿Cómo lo obtuviste? —Miró el colgante, y pude jurar que había un brillo extraño en el zafiro a pesar de que había poca luz en esa parte de la habitación.

Tragué grueso.

—Fue un regalo de bienvenida cuando recién llegué al pueblo.

Asintió con una alta sonrisa formándose en sus labios.

—Es una hermosa reliquia, y ahora está en manos de mi amada. —Soltó el colgante sin dejar de sonreír complacido.

Creí que habría una historia detrás, pero no dijo más, así que asentí aliviada.

Por un momento pensé que era una reliquia robada que le pertenecía a él o a su familia. Luego agarró mis manos para descubrir mis pechos y soltó un gruñido por lo bajo. El calor me cubrió de nuevo.

—Eres muy bella, querida… —Frunció sus cejas y me miró de forma interrogativa.

Con tanta locura me había olvidado de ese detalle.

—Sally, mi nombre verdadero es Sally Hunt.

Athan sonrió complacido.

—Un hermoso y dulce nombre, como tú.

Me sonrojé.

—Athan es un nombre muy sexi. —Mordí mis labios y sentí mis mejillas arder.

—¿Eso es lo que crees? —Sonrió seductor, observó mis labios y se acercó para besarme otra vez.

Sus labios se amoldaron a los míos, respondiendo a mi necesidad, y su lengua avasalló a la mía, tornándose más salvaje. Mis manos fueron veloces y desabrocharon su pantalón. Mi necesidad era urgida y me consumía por dentro.

Mi reacción íntima ante Athan era desconocida, pero sabía con certeza lo que quería.

Nuestro beso se cortó con su gruñido dolorido. Me aparté para observarlo temerosa.

—¿Qué ocurre? —pregunté entre jadeos, dudando de si hice algo más aparte de querer comerle la boca.

Negó con la cabeza.

—Quiero esto —dijo con voz baja y ronca—, hacerte mía. He esperado muchos siglos por este momento, pero si lo hago… —Su voz se apagó mientras acariciaba mi labio inferior con su pulgar, mirándolo con anhelo y melancolía.

—¿Qué es? —susurré.

—Debes elegir, Sally. —Su mirada se alzó.

El dolor en sus ojos estrujó mi corazón.

—¿El qué? —No sabía a lo que se refería y la intriga me mataba.

—Una vez que te tome, serás mía por toda la eternidad. Si aceptas mi reclamo, no habrá vuelta atrás, querida. Al ser mi pareja afín, se cerrará el vínculo entre ambos, compartiremos nuestros

pensamientos, nuestras emociones y poderes, seremos uno mismo y eternos —explicó sin dejar de contemplarme—. Eso es mucho tiempo, Sally. Por eso quiero que elijas —murmuró con voz delicada.

No iba a mentir, me sentía abrumada por todo lo que ocurría. Era demasiado para digerirlo, pero con todo ello no tenía dudas sobre lo que quería.

—¿Y si elijo no ser para siempre? —Solo tenía curiosidad de saber qué sucedería en el peor de los caso

Athan dejó de acariciarme, se sentó sobre sus rodillas y bajó la mirada.

—Entonces debes irte y no volver jamás. —Su voz era cortante, pero le dolían sus mismas palabras.

Mis ojos se abrieron demasiado.

—¿Me dejarías ir así como así, aunque sea tu alma afín? —indagué sorprendida por la respuesta.

Desvió su mirada doblegada y asintió con su cabeza.

—Ya he vivido demasiado tiempo solo. Estoy acostumbrado.

—Pero ¿qué sucederá contigo?

—Sin ti, enloquecería y, sin duda, buscaría mi propia muerte hasta conseguirla, pero preferiría ese destino que tenerte a mi lado por obligación.

Sus palabras me dejaron consternada y con un fuerte dolor en el pecho.

Jamás iba a permitirle que pensara semejante estupidez.

CAPÍTULO 11



—Pero yo no quiero eso —murmuré, y agarré su mano fría. Athan volvió a mirarme cauteloso, y le sonreí—. Solo estaba preguntando por mera curiosidad. —Gateé hacia él y dejé un beso corto en sus labios helados—. Soy tu alma afín, Athan. Lo sentí desde que llegué a este lugar —confesé convencida—. Creí que la suerte me había traído aquí, pero eras tú. Mi destino eres tú. Y ahora he llegado a tu puerta, no pienso irme jamás. —Entrelacé nuestros dedos y besé el dorso de su mano.

Siempre estuve buscando ese algo que le hacía falta a mi vida, por eso había dejado la ciudad, pero no se trataba de un algo, sino de un alguien, y, como bien decía la señora Delios, nada en la vida era casualidad, y Athan no era casualidad, era destino.

Mi destino.

—¿Sabes lo que estás diciendo? —Aún había duda detrás de su sonrisa nerviosa.

—Con toda seguridad. Creo en esto, y quiero estar contigo para siempre.

Dejó salir un suspiro bajo.

—Sally… —No le di tiempo de nada, me abalancé sobre sus brazos y ambos caímos en el colchón.

Él gimió y yo me reí. Lo besé con entusiasmo y pasión para despejarle cualquier temor.

Era un vampiro, y no me importaba.

Algo dentro de mi ser parecía necesitarlo tanto como al aire para respirar. La simple idea de que algo pudiera sucederle dolía como el infierno.

—Quiero ser tuya, Athan. —Moví mis caderas sobre su dureza.

Gruñó y sujetó mi cintura, pero sin detener la fricción.

—Serás un vampiro como yo —respondió temeroso.

—¿Y qué es lo malo? —Le sonreí y mis cejas se arrugaron—. ¿Pueden asesinarnos? —Mis ojos estaban atentos, esperando su respuesta.

Negó con la cabeza.

—Ese es el problema. Aun si nos arrancan la cabeza viviremos. Somos eternos.

Mis ojos se agrandaron ante sus palabras.

—¿Lo han hecho alguna vez… contigo?

Solo pensar en su sufrimiento mi corazón se hizo añicos. Estaba segura de que su vida no había sido nada fácil. Después de ver su pasado y conocer ese dolor inolvidable, quería consolarlo y compensarlo con mi vida a su lado para siempre.

—No conmigo, pero a un par de mi linaje sí.

—¿Hay más que tú? —Me atraganté y recé porque no estuvieran en el castillo, hambrientos de un bocadillo humano como yo.

Asintió lento.

—Somos un número pequeño. Ahora todos viven felices con sus almas afines esparcidos en diferentes partes del mundo. —Dejé salir una larga exhalación. Por un momento me creí comida para una familia de vampiros—. Yo soy el único que vive en el castillo.

Acaricié su afilada mandíbula y le sonreí.

—Ahora ya no serás el único aquí, pero más tarde me gustaría saber más de ti y de los tuyos. —Lo besé de nuevo más animada. Ya tendríamos tiempo para ponernos al corriente del resto—. Ahora… ¿en qué estábamos? —Acaricié su miembro y metí mi mano de manera atrevida entre sus pantalones.

Por el Hades, casi tuve mi orgasmo al sentirlo duro y húmedo.

Era una estaca en toda su gloria. Quería probarla antes de que me la enterrara.

—¿Se hace algún tipo de ritual o algo? —Elevé mis ojos hacia él.

Asintió otra vez.

—Nuestros cuerpos se entregarán al deseo y la pasión, y cuando lleguemos a la cúspide, beberemos nuestra sangre y pronunciaremos el juramento para sellar nuestro vínculo.

Mis cejas se levantaron ante la duda que me asaltó.

—¿Cómo beberé tu sangre si aún no estoy convertida?

Sonrió sensual.

—Ahora lo verás, mi amada.

Solté un chillido cuando me abrazó y me dio la vuelta, dejándome de espaldas sobre el colchón. No supe en qué momento nos desnudó, solo supe que mi boca se secó al verlo frente a mí, apoyado en sus rodillas, como vino al mundo. Era el hombre, mejor dicho, el vampiro más hermoso y perfecto. Y su estaca, uuuf, gruesa, grande y venosa.

Suculenta.

«Por los perros del infiero, esa sí es una estaca».

—Sally… —Su voz ronca hizo que mis paredes interiores palpitaran.

—Por favor, solo hazlo. —Lo atraje del cuello, logrando tener su cuerpo frío sobre el mío.

Athan besó mis labios y luego se desvió a mi cuello hasta llegar a mis pechos, donde se perdió por largos minutos al tiempo que sus dedos acariciaban mi botón hinchado y mi entrada sin penetrarme.

La paciencia no era mi virtud. Si seguía martirizándome de esa manera, la que iba enloquecer era yo.

Agarré su miembro de nuevo y lo guie hacia mi entrada empapada. Necesitaba sentirlo. Era un deseo que aún no entendía porque iba más allá de la lujuria.

Athan volvió a mis labios y después se apartó para mirarme.

—Perdona si te lastimo en algún momento —murmuró preocupado—. Como mi alma afín, estás hecha para tomarme completo, pero juro que cualquier dolor que te cause será recompensado por toda la eternidad, amada mía. —Se acomodó entre mis piernas y me dejó un beso corto en los labios.

—Eso es muy dulce de tu parte. —Mi voz apenas se escuchó, pero me dio una sonrisa cuando se apartó un poco para observarme.

—*Mi parte* no cree que pueda ser dulce. Han pasado demasiados siglos para llegar a este momento y muere por tomar tu virginal coño.

Mis ojos se abrieron y sonreí extasiada cuando lo escuché jugar en doble sentido y decir su primera palabra soez.

—Mi conde tiene su lado oscuro.

Me gané un guiño seductor mientras se posicionaba y poco a poco se deslizaba en mi interior, inclinándose para volver a tomar mis labios. Gemí por la intromisión, y cuando su miembro chocó contra la pared de mi inocencia, se detuvo cauteloso. Ambos intentamos respirar con naturalidad, pero no lo logramos.

Era demasiado abrumador y excitante lo que experimentaba en ese instante. pero se sentía correcto y perfecto.

—Una vez que tome tu inocencia, no habrá vuelta atrás, amada mía —hizo de nuevo la aclaración, pero yo ya había tomado mi decisión y no iba a cambiarla por nada del mundo.

—Estoy lista para ti —susurré jadeante, nerviosa y excitada.

Athan sonrió satisfecho y complacido con mi respuesta y se movió de nuevo.

Había gruñidos salvajes y gemidos de excitación que salían del fondo de nuestras gargantas conforme su miembro se abría paso en mi canal estrecho y mojado.

Lo abracé y busqué de nuevo sus labios en una desesperada distracción para mitigar el dolor. A pesar de mi abundante lubricación, su miembro era muy grande y alcanzaba a sentir un escozor doloroso, que me incomodaba más de lo que quería admitir.

Athan me besó y dejó de moverse cuando se introdujo totalmente. Nuestros pechos subían y bajaban agitados, y manteníamos nuestras miradas entrelazadas todo el tiempo.

—Por el Hades —gruñó contenido—. Estás muy estrecha, querida —jadeó, e inhaló por la boca.

—Y tú, demasiado grande —repliqué juguetona.

«Por un momento creí que semejante estaca iba a tumbarme los dientes al salirse por mi boca».

—¿Estás bien? —inquirió precavido, sin moverse.

Sus músculos estaban rígidos y sus ojos penetrantes mostraban un destello más rojo, pero ya no les tenía miedo porque en ese momento entendí que era por su excitación.

—Estoy nerviosa, como toda novata, pero confío en ti. —Le sonreí y pasé mis manos por su duro trasero—. Ahora muévete, mi conde —incité, y balanceé mis caderas.

Vi el alivio en su expresión. Sonrió, me besó de nuevo y se balanceó torpemente sobre mí hasta agarrar un ritmo controlado. Entre besos, caricias y embestidas mi cuerpo estaba envuelto en llamas, mis paredes interiores empezaban a contraerse y mi corazón se aceleró aún más.

—Es tiempo, mi amada. —Gimió y apartó el cabello de mi hombro, que lamió y chupó, haciendo que un gemido escapara de mi boca—. ¿Aceptas mi reclamo sobre ti, Sally Hunt? —Bajó la intensidad de sus bombeos.

Gemí en protesta.

—Sí, acepto con toda mi alma y todo mi ser tu reclamo sobre mí, Athan Davenport.

—¿Estás preparada para ser solamente mía en cuerpo y alma a partir de ahora hasta el fin de los tiempos?

—Y más allá. Seré tuya en esta y todas las vidas —respondí segura, con mi corazón sincero latiendo presuroso.

Athan me dio una sonrisa anhelante, agradecida, se inclinó a besar mis labios en recompensa y luego, sin más preámbulos, se apresuró a llevarme al límite. Gemí y grité fuerte cuando sentí sus colmillos clavarse en mi cuello. A los pocos segundos, mi cuerpo tuvo una violenta sacudida. Mi sangre quemaba y ardía como hierro líquido, haciéndome entrar en un estado de frenesí por

algún momento.

—Tranquila, cariño. Aunque sea mortalmente doloroso, no morirás, solo te transformarás. Llevará solo unos minutos, pero debes mantenerte concentrada en lo nuestro.

Su voz era un alivio en ese instante, a pesar de estar poco consciente.

Y aunque lo que experimentaba era algo aterrador, estaba dispuesta a pagar ese precio por estar con él para la eternidad.

En alivio a mi mortal dolor, Athan siguió haciéndome el amor, y eso extendió el orgasmo. Me sentí eufórica, fuera de este mundo, y supuse que era porque me convertía en parte de él.

Murciélagos crocantes, jamás había sentido cosa igual y, honestamente, no quería volver a pasar por eso, a excepción del orgasmo.

Athan bebía mi sangre con avidez mientras su cuerpo también llegaba al límite. No pasó mucho para sentir que se corría en mi interior con fuerza.

Gimió saciado, echó su cabeza hacia atrás y rugió como bestia salvaje. Sus ojos, que irradiaban un rojo intenso, cayeron sobre los míos. Me quedé sin aliento, esperando alguna reacción, pero no me atacó, sino que volvió a mi cuello y lo lamió, sellando la herida, para después sostener mis mejillas entre sus enormes manos y besarme con ternura, devolviéndome la tranquilidad.

—Ahora es tu turno, mi amada —susurró con la voz muy ronca, y mi cuerpo vibró otra vez.

—Dime cómo hacerlo —pedí sin caer en los nervios.

Me agarró de la cintura y me sentó sobre él, aún con su miembro dentro de mí.

Por el cambio de posición hubo un ligero dolor. Sin embargo, las paredes de mi vagina todavía se contraía por las secuelas del reciente orgasmo.

—Beberás de mi pecho. La mordida será en el lado del corazón —instruyó.

Parpadeé confundida y lo miré a los ojos. Luego observé su duro y musculoso pecho.

No estaba familiarizada con eso, y la duda me asaltó.

«O sea, ¿cómo? ¿Tendré que morderle un pezón?».

CAPÍTULO 12



—Cuando estés lista, tus caninos se alargarán y beberás de mi sangre hasta saciarte. Luego sellarás nuestro vínculo para siempre —explicó al leer la duda en mi rostro.

Asentí y solté una larga exhalación para disipar mis nervios.

Después de un momento de vacilación, me armé de valor y, por los perros del infierno, sentí cómo mis caninos crecían, y aunque dolía demasiado, logré clavarlos en su piel. Fue la experiencia más placentera después del orgasmo. El sabor de su sangre era ambrosía para mi sistema. Probé y disfruté todas las sensaciones que se manifestaban en ese momento.

El miembro de Athan se irguió de nuevo en mi interior y nos llevó una vez más a la gloria, mientras que yo bebía profundos tirones de su sangre hasta sentirme llena y saciada. Mi vampiro me embistió duro y apasionado, despertando en ambos un tercer orgasmo que nos dejó rendidos. Me besó y me acomodó sobre el colchón cuando todo pasó.

Me sentía desorientada, mareada y exhausta, como si hubiera subido la colina corriendo, aunque no era para menos, pues ¡un vampiro acababa de hacerme el amor!

Athan se acomodó a mi lado y me acurrucó en sus brazos. En ese momento, me percaté de algo.

Su cuerpo ya no era frio, incluso yo no sentía frío como cuando entré al castillo.

«Seguramente es por la actividad física de hace unos momentos».

—Lo hiciste excelente, amada mía. —Repartió besos en mi rostro—. Hoy me has dado el mejor regalo que pude tener en esta vida. Gracias por venir a mí, Sally Hunt.

Mi sonrisa se amplió al ver la felicidad en su rostro.

—Yo también recibí mi mejor regalo, mi conde, y lo mejor es que es para la eternidad. —Acaricié su mejilla con suavidad y le mostré una sonrisa sincera.

Athan se inclinó para besarme y luego se apartó al darse cuenta.

—Estás llorando. —La preocupación volvió a su voz.

Negué y limpié mis mejillas.

—Es de felicidad, lo juro. —Lo besé de nuevo—. Vine aquí con engaños de unas mujeres malvadas. No sé qué era lo que deseaban con esa broma pesada, pero… —Escuché un gruñido salir de la garganta de mi hermoso vampiro, cerré mi boca y lo observé.

—Morirán —rugió una amenaza—. Nadie jamás ha de lastimarte, amada mía —aseguró, y le creí—. Pagarán lo que te han hecho. Les arrancaré la cabeza —dictaminó como el vampiro alfa y poderoso que era.

«Y eso que no le he dado ningún detalle».

—Mi conde, no harás eso. —Acaricié su pecho con las yemas de mis dedos

—Tengo el poder para hacerlo.

Le sonreí agradecida.

Aunque me encantaba la idea de ver volar la cabeza de Cacalina y compañía por los acantilados, tendría que evitar que mi vampiro se ensuciara las manos con esas tóxicas frustradas. No lo valían.

—Si no fuera por sus malas intenciones, no estuviéramos en donde estamos ahora —le hice ver nuestra desnudez, y Athan tardó un momento para relajarse—. Ellas fueron el empujón que necesitábamos para encontrarnos.

Acarició mi mejilla con una expresión cálida.

—Tu corazón es noble, amor mío, y adoro tu gentileza —se inclinó para besa—, pero recibirán un castigo por haber lastimado a mi alma afín —manifestó cuando se apartó y me dio una mirada dulce y depredadora al mismo tiempo.

Insólitamente, mi cuerpo se sintió renovado y vigoroso.

«Quizá es el cambio a la inmortalidad, el vínculo o mi calentura hormonal…».

—Eso puedo aceptarlo encantada. —Me apoyé en un codo—. Ahora déjame demostrarte cuán gentil puedo ser. —Con mi mano libre agarré su enorme miembro y lo acaricié. Después me bajé para poder llevármelo a la boca.

Athan abrió sus ojos, sorprendido, pero apenas empezaba con lo que tenía planeado hacerle a mi hermoso y condenado vampiro.

ΔΔΔ

—No quiero ser atrevido y descortés, querida, pero la curiosidad me carcome por dentro. —Me mantuvo entre sus brazos, que ahora ya no estaban fríos.

Habíamos tenido una buena sesión de sexo, deliciosa sangre y éxtasis por partes iguales, y ahora reposábamos enredados entre sábanas rojas de seda.

—Puedes preguntar lo que desees, mi conde. —Acaricié el filo de su quijada y alcé mis ojos hasta los suyos.

—Sobre lo que acabas de hacer… —Era un divino encanto su expresión pudorosa.

Tenía que recordar que él vivió en una época donde la sexualidad era tabú y no había tanta información como hoy en día. Aunque me pareciera tierna su inocencia, tendría que ser paciente para ir mostrándole el mundo exterior. Las cosas buenas y las malas, y, sobre todo, nuestra intimidad.

Si los vampiros pudieran sonrojarse, juraría que Athan lo acababa de hacer.

Acababa de hacerle sexo oral y casi vi a un vampiro desmayarse.

Y lo que nos falta por explorar.

Ahora era yo la que me sentía una cachonda empoderada porque, a pesar de haber sido virgen, mi conocimiento sobre el sexo era amplio y al fin lo ponía en práctica.

—¿No te gustó? —cuestioné en un todo sensual, y él movió la cabeza, abochornado—. Bueno, podemos seguir intentándolo hasta que te guste. —Reprimí una sonrisa cuando escuché que gruñó excitado.

—Me ha encantado —afirmó, y acarició el arco de mi cintura como si estuviera nervioso por el tema—, pero quisiera saber cómo llegó ese conocimiento a ti. —Mis labios se curvaron en una sonrisa boba—. Eres virgen, y sé que existen libros prohibidos con ese contenido, pero tú lo

hiciste como una persona con mucha experiencia.

Elevé mis ojos y abaniqué mis pestañas por el cumplido.

Si tan solo le dijera cómo practicaba, pronto descubriría que la estaca debajo de mi almohada no era una estaca en realidad, sino un vibrador similar a esa forma. Gracias al universo porque jamás se presentó la oportunidad de usarlo en un ataque vampírico. La señora Delios se hubiera muerto por la sorpresa.

—Mi amado conde, sé que llevas siglos dormido, y lamento eso, porque el exterior es demasiado futurista que como lo recuerdas. Hoy en día existe demasiada información sobre casi todos los temas y están a la mano de cualquier humano, Le di un guiño entusiasta, pero aún notaba su preocupación.

—Sé que todo ha cambiado —empezó a decir con voz suave—, pero promete que jamás me dejarás, aunque sea un inexperto en nuestra intimidad.

«Como si ese fuera un problema. Con tremenda estaca eso sería imposible».

—Athan, acabamos de hacer nuestro juramento —le recordé tranquila—. Y te prometo que juntos aprenderemos. —Agarré su mano y le deposité pequeños besos en el dorso—. El que yo sepa algunas —«Demasiadas»— cosas no me hace una experta porque no lo he practicado con nadie jamás, y eso es algo bueno ahora que vamos a pasar la eternidad juntos, ¿no crees? —Lo observé optimista y noté cómo su expresión se relajó.

Me abrazó y se colocó encima de mí. Comenzó a besarme con calma, hasta que noté su miembro buscando, desesperado, mi entrada.

—Entonces estaré encantado de aprender de ti, mi amada. —Levantó sus caderas, agarró su miembro y de una sola estocada me penetró con fuerza.

Grité extasiada cuando me embistió una y otra vez, desatando lujuria y placer.

—Es una delicia a la que puedo acostumbrarme para siempre —susurró, y gimió sobre mis labios, que empezó a mordisquear.

—Estoy de acuerdo. —Le sonreí, me aparté un poco y detuve sus movimientos con mis manos.

Ambos nos miramos porque parecía que yo tenía más fuerza de la normal.

—Quiero intentar algo —dije para calmar su mirada desconcertada—. Relájate. Creo que esto nos va a encantar. —Le di un guiño cómplice e hice un movimiento rápido, colocándome encima de mi conde.

Athan seguía desconcertado, pero no había ninguna palabra de objeción, y eso me motivó a hacer mi siguiente movimiento. Agarré su miembro, lo pasé por mi hendidura empapada y me empalé poco a poco, hasta devorarme semejante estaca.

Ambos gemimos fuerte en medio de ese tortuoso placer.

—Sally… —rugió, y se aferró a mis caderas mientras comenzaba a balancearme.

—Te dije que lo íbamos a disfrutar —apenas pude hablar.

—Eres una pequeña pervertida. —Me dio una sonrisa oscura y se acercó a mis pechos.

Se prendió de uno y el otro lo magreó con su mano, haciéndome arquear mi espalda y gemir su nombre.

«Chico astuto, muy rápido se le quitó el pudor».

CAPÍTULO 13



Nunca imaginé que iba a experimentar tanto placer como esta noche. Mis vecinas guarras se quedaban cortas cuando hablaban del tema. Nunca las escuché decir algo agradable sobre el sexo. Para ellas solo era un negocio que les daba la gran vida. Sin embargo, esto que estábamos haciendo Athan y yo era lo que había leído muchas veces en mis libros de romance; describían a la perfección las emociones que sentía en ese instante.

Había entrega, pasión y amor en dos cuerpos que recién se encontraban y conectaban.

Éramos una pareja afín para amarnos por toda la eternidad.

—Oh, cariño, esto es demasiado —murmuró Athan, y bajó sus enormes manos a mi trasero para moverme a su gusto y su antojo—. Estoy por… Córrete conmigo —suplicó, y me movió aún más rápido, machacando mi botón con su pelvis. Eso incrementó el bendito placer.

Athan me abrazó, me besó posesivo y descubrió mi cuello para clavarme sus colmillos de nuevo. Justo ahí el éxtasis se arremolinó hasta dispararnos a lo alto de la cúspide. Cuando terminó de saciarse, ofreció su pecho para yo hacer lo mismo, expandiendo así las réplicas nuestro orgasmo por largos minutos más. Cuando colapsamos, permanecimos unidos e intentamos reponernos.

Athan se mantuvo aferrado a mi lado como si yo fuera a ir a algún lado, . Acarició mi espalda.

—Cariño —él captó mi mirada mientras acariciaba mi espalda—, ¿qué sucede?

—No quiero que volvamos a salir de la cama —murmuró, y pasó su mano por mi mejilla en una caricia suave.

Asomé una sonrisa pícara.

—¿Algo más, mi conde? —pregunté juguetona.

—Ya que estamos, tampoco quiero que vuelvas a usar ropa. —Sonrió y sus ojos brillaron brevemente.

Una risita boba burbujeó de mi garganta.

—Mi conde, aunque me encantaría complacerlo por completo, me temo que tendremos que salir en determinado momento.

Athan suspiró y asintió con la cabeza.

—Tienes razón. Aún tengo que encargarme de algunos pendientes.

Por el tono de su voz, la intriga me invadió.

—¿Puedo saber cuáles son esos planes? —Mis cejas se elevaron, curiosas.

—Sí. Iremos a la aldea.

«¿Aldea? Dios, hace cuánto que no sale del castillo».

Suspiré y evité hacer preguntas que harían doler a mi corazón.

—Cariño —hice una pausa, debatiendo cómo darle información actualizada de su mundo para que no se impresionara y entrara en una especie de shock vampírico—, la aldea ha crecido un poco y cambiado desde la última vez que estuviste ahí —le informé suave.

Estaba preocupada al no saber cómo iba a tomar el cambio a la modernidad, y si por mi fuera, me opondría, pero tarde o temprano lo descubriría.

Athan movió la cabeza y miró al techo.

—Lo sé, querida mía. Esa cosa que traías contigo y que destruí me ha dejado claro que puedo encontrarme con un mundo nuevo.

—Lo lamento, mi conde…

—No lo hagas —me interrumpió, y sostuvo mi mentón para que lo observara. Cuando me encontré con su mirada, vi la aprensión en sus ojos y amor puro—. Así era mi destino, y no lo lamento. Lo viviría mil veces más porque sé que al final mi recompensa eres tú.

un jodido nudo en la garganta me asfixiaba.

—Eres un conde muy cursi. —Mi voz se quebró y no pude contener mis lágrimas.

Athan apoyó su frente en la mía y rozó su nariz y sus labios con los míos.

—Ahora te tengo a mi lado, y es lo único que me importa. Todo lo podré contigo a mi lado.

«Estas malditas lágrimas».

—Cómo no amarte, mi conde. —Agarré sus mejillas y lo besé, demostrándole el inmenso amor que sentía por él.

No importaba que apenas nos hubiéramos conocido, sabía con seguridad que ambos nos pertenecíamos. Nuestras almas se reconocieron y jamás iba a separarme de él ni para ir al baño.

—Amada mía, debo confesar que puedo escuchar tus pensamientos —dijo con un tono juguetón, y mis ojos se abrieron más de lo normal.

—¿Qué? —jadeé—. ¿Eso es en serio? —Lo observé intrigada.

—Claro y fuerte. —Asomó una sonrisa taimada—. ¿Quieres que te diga lo que escuché? —se burló.

Ahogué un chillido y negué, sintiendo el bochorno en mis mejillas.

—Esto es humillante…

Plantó un beso en mis labios y acarició mi mejilla para tranquilizarme.

—Amor, hay muchas cosas que van a cambiar a partir de nuestro reclamo. En cuestión de horas podrás notar los cambios de la inmortalidad.

Inmortal… La sola palabra ya me causaba estragos y un enorme hueco en el estómago.

Dios, me aterraba ser inmortal. Y los cambios…

Volví mi atención a él en un intento de tomarlo con calma.

—¿Cuáles son exactamente esos cambios? —cuestioné atenta a su respuesta.

—Bueno, los míos —contestó con humor.

—¿Y… esos son?

—La telepatía, fuerza, velocidad, telequinesis, teletransportación, entre muchos más. Otra ventaja es que no sentimos dolor. Cuando algo o alguien nos daña, necesitan hacerlo a gran escala para nosotros apenas sentir, pero en nuestra intimidad somos demasiado perceptibles a nuestras emociones. —Me dio un guiño pícaro, pero apenas reaccioné.

Mi boca estaba abierta de la conmoción

—Yo… Esto es increíble y aterrador en partes iguales —balbuceé, y tragué saliva, intentando digerir sus palabras.

Había leído libros de fantasía y mirado películas, pero de eso a la vida real me tenía casi en estado de shock.

—Tranquila, cariño. Disfrutarás leyendo mis pensamientos. —Se acercó a mi oreja para calmarme—. Quizá sean más guarros que los tuyos. —Mi cara ardió de vergüenza—. Me encanta la idea de que no me dejes solo ni para ir al baño.

—¡Athan! —chillé, y cubrí mi rostro con mis manos, pero las bajé cuando escuché su hermosa risa.

Era exquisita y melodiosa.

Me abrazó, refugiándome en su pecho, y besó con dulzura mi cabeza.

—Deberías descansar un poco antes de visitar la aldea. Duerme tranquila, yo velaré tus sueños —Acarició mi espalda, y como si lanzara un hechizo sobre mí, cerré mis ojos, a pesar de querer hacerle mil preguntas para aclar mis dudas, como si era cierto de que los vampiros dormían de día y salían de noches, si podían comer algo más que sangre o si iban al baño.

Dormí no sé por cuánto tiempo, pero desperté gruñendo cuando sentí pequeños pellizcos en mi cuerpo.

—Oh, por el Hades —gemí, y entreabrí mis ojos.

Athan mordisqueaba mis pechos.

Olvidé que estaba desnuda y que era un bocadillo para el conde.

—¿Qué hora es? —inquirí adormilada.

—Es hora de ir a dar un paseo. —Empezó a besar mis pechos y subió por mi cuello hasta mis labios.

—¿Por qué ahora? —repliqué en protesta, queriendo que volviera a tocarme.

—Porque después de eso quiero pasarme todo el tiempo haciendo el amor contigo.

Gemí cuando mordió mis labios y lo abracé para profundizar nuestro beso.

—Bien, ya desperté —dije entusiasta por su promesa.

Rio entre dientes mientras salía de la cama, y yo agarré su mano extendida. Nos dirigió a la ducha, donde volvimos a hacer el amor en dos ocasiones.

Luego de vestirnos, Athan se dirigió al balcón, abrió las puertas y salió a contemplar el panorama. Me uní a él, enredándome en sus brazos, y observé su mirada inquieta.

—¿Estás seguro de que deseas ir al pueblo? —indagué cautelosa.

No estaba segura de querer que él quisiera ir.

Habían pasado siglos y era evidente que iba a haber una reacción al respecto. Temía que el cambio fuera demasiado para él.

—¿Estarás a mi lado, amor? —Su mirada era anhelante.

Le sonreí y afirmé con la cabeza.

—Siempre, mi conde —juré solemne.

Él pareció satisfecho por mi respuesta y me dio un beso apremiante.

—Entonces abrázame muy fuerte —pidió, y obedecí sin saber lo que venía después.

En un parpadeo estábamos en un lugar diferente a la habitación del castillo.

—Calabazas mágicas, por un momento creí que no llegarían.

La voz familiar hizo que me quedara inmóvil, aferrándome al cuerpo de Athan.

CAPÍTULO 14



—¿Señora Delios? —pregunté sorprendida. Estábamos en su propiedad, en la cocina, para ser exactos, y ella preparaba bebidas como si nos esperara.

—Ángel Delios. —Athan me soltó con delicadeza y se dirigió hacia ella.

Me quedé conmocionada mirando la escena.

Athan la abrazó como si fueran viejos conocidos, incluso hubo un beso de saludo y cariño en sus miradas.

Como si Athan leyera mi mente —«Seguro fue así»—, se aparta con una sonrisa compartida con ella.

—Mi amada Sally; ella es mi creadora, Ángel Delios.

La señora Delios me observó a la espera de mi respuesta, pero mi boca abierta fue suficiente.

Tenía la mente en blanco, tratando de procesar que la mujer de la que me había hecho amiga desde que llegué a este lugar era nada más y nada menos que la creadora de mi conde. Si ella era la creadora, entonces… Mis ojos se agrandaron aún más.

Por los perros del infierno, ella era…

—Usted… —Asintió antes de que mis palabras salieran de mi boca.

—Soy una caminante, una original, y supe quién eras tú desde que llegaste. Dios, chica, te habíamos estado esperando desde hace mucho tiempo, pero eres lenta y testaruda. —Me sonrió con calidez—. Sin embargo, por fin están juntos, y eso es lo que importa ahora.

Athan me extendió su mano, y cuando la agarré, me abrazó con ternura.

—Supongo que tú moviste tus hilos.

La señora Delios negó con una sonrisa reservada.

—Intenté que las cosas fluyeran de manera natural —declaró con un tono irónico.

—Pero… —Las palabras desaparecieron de mi boca.

La mujer que era mi única amiga y con la que pasaba gran parte de mi tiempo resultaba ser una original. Ni siquiera tenía idea de qué era eso y en ese momento no tenía la facultad de entendimiento.

—¿Y el colgante? —cuestionó Athan con una ceja alzada.

—Ella lo encontró.

Mis cejas se alzaron al escuchar sus palabras.

—Disculpen la interrupción, pero tengo un par de dudas. —Athan y la señora Delios me miraron atentos—. ¿Cómo es que usted puede salir en el día y no desintegrarse? ¿Y el colgante

qué tiene que ver conmigo?

—Te dije que soy una caminante. Los hay diurnos y nocturnos. Mi extirpe es original. Podemos llevar una vida humana sin problema, alimentarnos de cualquier comida y balancearla con sangre. Tenemos las mismas necesidades. Somos los bendecidos que pueden salir a la luz del día sin sufrir daño alguno, aunque somos muy sensibles al sol, pero, como te has dado cuenta, en este lugar las nubes siempre impiden que el sol se asome. —Ahora entendía el extraño clima—. Y el colgante le pertenece al alma afín del conde. Cuando llegaste a la ciudad, el zafiro tomó un color más vivo, y al tocarlo lo activaste. Es de protección para ambos. —Mis cejas se arrugaron —. Eres la indicada, cariño —aseguró, y asomó una sonrisa sincera—, pero supongo que ya te has dado cuenta de eso.

Asentí con la cabeza como si lo entendiera y lo aceptara.

—¿Qué sucede, amor? —me inquirió Athan con preocupación.

—Yo… no sé qué decir. —Y eso era raro. Ni siquiera el sarcasmo del que disfrutaba la señora Delios me salía en ese momento.

—No es necesario decir nada, Sally —me tranquilizó la mujer—. Ahora estoy completamente feliz porque Athan al fin es libre de la maldición y podrán pasar su inmortalidad recuperando el tiempo perdido.

—¿Maldición? —repetí mientras los observaba, y se volvió un duelo de miradas entre los tres —. ¿Qué maldición? —Sentí una extraña sensación que me atravesaba justo en ese instante.

Athan también se tensó de los hombros y compartió una mirada rápida con la señora Delios.

—Prometo explicártelo luego, amor mío. —Él me abrazó más fuerte, pero no era por el motivo que yo creía.

Algo no andaba bien, los tres lo sentíamos.

—Delios, tienes visitas. —Se escuchó un canturreo sarcástico fuera de la propiedad—. ¿Por qué no nos dejas entrar? Queremos unirnos a la celebración. —Otra voz conocida se escuchó desde el jardín trasero.

Athan y la señora Delios desaparecieron, y parpadeé como idiota.

No pasó mucho tiempo para oír la voz de mi conde en mis pensamientos en un intento de tranquilizarme.

Estaban fuera de la casa. Pronto me uní a ellos y me llevé otra sorpresa.

Cacalina y sus víboras estaban del otro lado de la cerca del jardín.

Las tres se quedaron conmocionadas cuando me vieron avanzar hacia donde estaban Athan y la señora Delios.

—No puede ser —se escuchó el jadeo de Argen.

Tina me contempló cautelosa y a Cacalina parecía que le iba a dar una parálisis facial de la rabia que saltaba en sus ojos.

—¿Cómo es posible? —indagó afectada—. ¡Tú no deberías estar aquí! —gruñó como leona hambrienta cuando me señaló.

Mis cejas se alzaron, expectantes.

Aunque disfrutaba ver salir el veneno por su boca, no tenía idea a lo que se refería esta vez.

—¿Y por qué supones eso? —quise saber.

—Porque te envié al castillo para que te asesinara. Deberías estar muerta.

Quería decir que su respuesta me sorprendió, mas no fue así.

Después de conocer a esa lombriz con aires de víbora exótica y a sus secuaces, no esperaba menos de ella, aunque seguía sin saber por qué me odiaba tanto.

—Siento decepcionarte, pero estoy más viva que nunca. De hecho, al parecer soy inmortal —

presumí burlona, haciendo que ella chillara furiosa.

Le di una sonrisa desafiante e intenté dar un paso hacia ella para provocarla más, pero Athan me detuvo. Al observar sus ojos penetrantes, me sumergí en una visión que llegó a mi mente.

Estaba de nuevo en el lugar donde había caos, sangre y muerte. Lo que supuse la vez pasada no era alguna guerra. En realidad, era una masacre de tres mujeres. Eran Cacalina y sus secuaces. Ellas habían provocado eso, y lo disfrutaban con gritos y risas extasiadas. Cacalina levitó y avanzó hasta llegar a donde estaba una familia pequeña. Sus pies pisaron el suelo y caminó hacia ellos. Sus súbditas la siguieron, rodeando a la familia de Athan y a él mismo. Luego las tres mujeres flotaban de nuevo en círculo alrededor de ellos, mientras que Cacalina decía unas palabras en otro idioma, como una especie de conjunto.

Miré con dolor y terror cómo la familia de Athan se retorcía de dolor mientras gritaban súplicas, pero las malditas solo se reían, incluso después de que los padres de Athan y él murieran.

Salí del trance, y Athan me atrajo a sus brazos sabiendo lo que había sucedido en mi mente. Mi respiración estaba agitada y sentía dolor por él, como si me hubieran clavado una estaca en mi pecho. Lo abracé más fuerte en cuanto mis lágrimas salieron y le dije mentalmente cuánto lo sentía. Resulta que las tres hijas de perra sí eran malditas brujas y eran las causantes de la desgracia de Athan y su familia.

—Tranquila, amor. Yo me haré cargo ahora. —Su voz cautelosa estaba dentro de mi mente.

Sostuvo mis mejillas y limpió las lágrimas con sus pulgares sin dejar de observarme. En sus orbes rojos había dolor, pero también deseo de venganza.

—Sally… —la señora Delios me llamó a su lado.

Asentí con la cabeza y le di una mirada a mi conde.

—Ellas… —Las palabras se atascaron en mi garganta, pero supuse que Delios también podía leer mis pensamientos, porque negó con la cabeza.

—Es hora de su justa venganza —musitó—. Ahora que eres su igual puedes saborearla también. —Me guiñó un ojo, cómplice y maliciosa.

Miré a donde estaba ese trío de víboras hechiceras y luego a mi conde.

—Entonces, no pienso desaprovechar esta oportunidad —respondí decidida.

Athan nos contempló con las cejas altas y negó rotundo. Había escuchado mis pensamientos, por supuesto.

—No irán a ningún lado ni harán nada —nos dijo con expresión seria.

La señora Delios resopló y yo solo pestañeé.

—Athan… —empecé a decir, pero me lo impidió de nuevo cuando me abrazó.

—No las voy a subestimar esta vez —me expresó en la mente, y ahí noté su preocupación por mí.

—Juré que siempre estaría a tu lado —le recordé tranquila.

Athan se apartó un poco para escrutarme y dejó salir una exhalación, atormentado.

—Sally, te acabo de encontrar. No quiero que nada te suceda. —Se acercó y me besó nostálgico—. Ya no quiero perder a nadie más. Enloquecería si algo te sucede. —Acarició mi mejilla con delicadeza.

Ambos compartimos una mirada silenciosa. Entendía su preocupación. Había visto el dolor que ese trío infernal le causó hasta su muerte, pero no me importaba tener nuestra primera pelea de pareja con tal de arrancarle la cabeza a una de esas víboras.

FINAL



—Qué adorables —se burló Argen, interrumpiéndonos.

—Me dan envidia… y asco también —siguió Tina con un tono de repulsión.

—¡Cállense! —ordenó Cacalina, y les dio una mirada mortal. Después nos observó con la misma intensidad—. ¿Sabes que seguimos teniendo la misma magia y podemos entrar para acabar con sus existencias? —amenazó, y mostró una sonrisa peligrosa.

—Si entran, morirán —respondió la señora Delios

Las malditas se rieron de ella.

—Anciana, sabes que no hay poder que nos detenga —espetó Cacalina—. Recuerda nuestra última fiesta en el castillo Davenport. —Suspiró dramática—. Qué tiempos aquellos.

—Entonces, ¿por qué no han entrado?

—No nos tomes por estúpidas. Si bien no podemos morir, tampoco vamos a experimentar dolor —comentó Tina.

Todo este tiempo estuve creyendo que ese trio era de veneno inofensivo, pero en realidad eran unas asesinas despiadadas de las que tendría que haberme cuidado siempre, aunque aún no lograba entender por qué no me hicieron daño.

—Porque querían que yo lo hiciera. —Athan se metió de nuevo en mis pensamientos—. Debido a que mi ciclo de vida vampírica está avanzado, creyeron que la locura en mí había iniciado, y de haber sido cierto te habría asesinado desde que entraste a mi propiedad. Ellas regenerarían sus poderes para así acabar con Delios y conmigo en un parpadeo. Como ves, esperaban que cayera en su trampa —murmuró, y observó mi reacción.

Yo estaba en shock por la información.

«Pero qué hijas de puta».

—Delios, quita el encanto. Queremos una pelea justa —exigió Cacalina, y caminó de un lado a otro como león enjaulado—. Sus minutos están contados. No hay forma de salir vivos de aquí esta vez —se detuvo y nos dio una sonrisa oscura—, aunque ustedes no ya no lo están.

—No me intimidas, bruja arrogante —declaró inexpresiva la señora Delios—. Si me quieres…

—No —zanjó Athan—. No la invites a entrar. —Su cuerpo estaba tenso.

—Esto debe terminar, querido —respondió ella tranquila, y yo experimentaba un tipo de euforia en ese momento. Había emociones que sentía que no eran mías—. Ya es tiempo. ¿Estás listo? —Athan me dio una mirada rápida—. No te preocupes por tu mujer, ella también lo está. Recuerda que es tu igual. Ambos estarán bien —lo calmó, pero vi la duda en mi conde y más allá

el miedo de que algo me sucediera.

Agarré su mano otra vez para darle un beso en el dorso.

—Te amo —susurré, y me acerqué a sus labios—. Vamos a acabar con estas víboras. Tenemos planes que no pienso retrasar —le dije con una mirada picara, y él, observándome con la expresión aún tensa, se suavizó y asintió.

—Te amo, Sally. —Me besó rápido, unió nuestras frentes y luego se apartó—. Hazlo, Delios.

Ella se acercó a poca distancia de donde estaban las tres brujas.

—¿Están seguras de querer morir hoy? —les preguntó con una sonrisa burlona.

Era mi ídolo.

Quién hubiera dicho que la mujer simpática, dueña de una pequeña tienda de antigüedades, en realidad era una caminante, una vampira original.

Athan me agarró de la mano, y caminé junto a él, pero apenas di un par de pasos y mis pies se metieron en un charco de agua. Gruñí cuando vi la manguera del jardín con el chorro a toda presión bajo mis pies. La señora Delios tenía la costumbre de regar su precioso jardín todas las mañanas y siempre dejaba la llave abierta. No era la primera vez que mi calzado se arruinaba por su falta de memoria. Me distraje cuando me incliné para hacerla a un lado, y en cuanto me levanté con la manguera en mano, miré cómo un halo desapareció de alrededor de su propiedad.

Era una protección de Delios.

Pude haberme impresionado si no estuviéramos en peligro.

Las tres malditas entraron al jardín, cada una yendo a cada uno de nosotros. Argen corrió hacia la señora Delios, Tina, hacia mí y Cacalina, hacia Athan.

Mentalmente, le dije a mi conde que no se preocupara por mí. Podría arreglármelas yo solita con una de ellas.

Desde que conocí a ese trío quería partirle la madre a cada una de ellas, e iba a disfrutar hacerlo por lo menos con una. Estiré la manguera con el chorro a presión para usarlo como distractor contra Tina en lo que averiguaba cómo usar mis poderes. Y lo que sucedió a continuación me dejó parpadeando en todas direcciones. Tina desapareció justo cuando intentaba atacarme. Literal y gráficamente, desapareció justo cuando intentó hacer algo con sus manos. Ella solo hizo «puf» y se fue. Con cautela, miré a mi alrededor para ver si se había teletransportado a otro lugar, aunque también creí que se había vuelto invisible, pero tras varios minutos de revisar el lugar solo había un collar con el mismo símbolo que usaban las otras dos.

Cuando lo recogí con una ramita seca del jardín y lo toqué con mi dedo, se hizo cenizas.

No estaba segura de cómo había sucedido, pero agradecí la buena suerte porque no tenía idea de cómo pelear con una bruja llena de poderes. Tiré la manguera a un lado y busqué a mi conde.

—¡Sally! —gritó la señora Delios, y vi que Argen la tenía inmovilizada.

Recogí de nuevo la manguera y corrí hacía ellas. Agarré a Argen por la espalda y pasé por su cuello la manguera. De pronto, sentí que el aire se salía de mis pulmones. La hija de puta me había dado un buen golpe en el estómago cuando se viró hacia mí.

—Estúpida ingenua —chilló la rubia—. ¿Qué parte de «brujas poderosas» no has entendido?

Me encontraba de rodillas, con las manos sobre el césped, aspirando aire.

Si hubiera sido mortal, hubiera muerto porque la maldita tenía un puño de hierro.

—Tan poderosas… —alcé mi vista y jadeé— que tu hermana desapareció y ni adiós dijo.

Argen se detuvo abruptamente y observó a su alrededor en busca de ella.

Athan y Cacalina seguían peleando a la par.

Él me decía en mi mente que no me preocupara por él, pero, por el Hades, era imposible. Se daban con todo. Aunque quería interferir en ese momento, solo iba a distraerlo, y muy en el

fondo mi corazón confiaba en que él estaría a salvo.

—¿Dónde está Tina? —cuestionó su hermana, y vino hacia mí.

—Creo que se aburrió y se fue —me burlé—, o se acobardó. —Reí y jadeé cuando recibí otro golpe.

De un tirón me puso de pie sujetando mi cuello con una de sus largas y esqueléticas manos. Por más que intenté poner resistencia, la condenada tenía más fuerza que yo.

—Había olvidado lo divertida que eres, pero no creo que la vieja Delios tenga el mismo humor que tú. —Sus ojos estaban cargados de mera maldad cuando saltó su mirada entre ambas.

Me arrojó como si fuera un objeto, haciéndome caer de espaldas sobre el césped.

«¡Auch!».

Athan de nuevo se metió en mi mente para averiguar cómo estaba.

Le di una mirad rápida mientras le respondía:

—Estoy de maravilla, bebé. Tengo todo bajo control. —No quería que bajara la guardia.

Vi cómo Argen hacía fuego con sus manos, que dirigió hacia la señora Delios, quien apenas se recuperaba. Como si hubiera recibido un golpe de adrenalina, me puse de pie con rapidez, agarré la manguera, abrí la presión del agua y dirigí el chorro hacia sus manos en un intento por apagar las llamas que habían crecido enormemente. El agua no solo apagó las llamas, también hizo una nube grisácea a Argen. Literalmente, también hizo puf y desapareció.

No me detuve a ver sus partículas desaparecer ni a pensar cómo había sido eso posible, ya que corrí hacia la señora Delios, que era mi prioridad, pero, cuando intenté ayudarla, un dolor punzante y ardiente atravesó una de mis piernas llevándome, al suelo de nuevo. el dolor era jodidamente fuerte, pero al revisarme no había nada en mí. Entonces sentí terror cuando entendí lo que sucedía.

Athan…

Estaba en el suelo, herido, con un bieldo de jardín enterrado en su pierna.

—¿Acaso no puede guardar las cosas en su lugar? —reprendí a la señora Delios, quien se ponía de pie.

—Lo haré a la próxima, lo prometo. Ahora ve con él —ordenó, y obedecí.

Me moví a una velocidad impresionante justo antes de que Cacalina clavara una estaca en su pecho de Athan, misma que quité de su mano y, sin perder tiempo, la clavé en su pecho. Chilló fuerte, mientras que yo retrocedía, asustada. Me miró con el odio flameante en sus ojos y caminó con torpeza hacia mí. Una sonrisa oscura colgaba de sus labios, burlesca y desafiante.

Yo esperaba que se hiciera polvo, así como sus secuaces, mas no fue así.

«¡Muere, gusano, muere!», gritaba en mi mente.

Pero la maldita no quería morirse.

EPÍLOGO



—Tú, maldita sabandija —gruñó, y me señaló con desdén—. De nada sirvió que la maldición se rompiera si ahora vas a morir por mis propias…

Se detuvo abruptamente, abrió sus ojos en una expresión de conmoción y jadeó para luego caer de rodillas frente a mí.

Alcé la mirada para ver que Athan le había clavado un puñal en su cuello.

—Nadie jamás amenaza a mi chica, zorra infeliz.

Mis ojos se abrieron cuando escuché a mi conde sexi defenderme.

Tenía una mirada oscura y fría. En lugar de darme miedo, me excitó.

Cuando Athan se abrió paso para llegar a mí, mi cuerpo vibró. Sentía sus emociones y despertaba en mí el mismo deseo.

—¿Estás bien, amada mía? —Me abrazó y luego empezó a explorarme en busca de algún rastro de daño.

—Estoy bien, mi conde. —«Excitada pero bien»—. Tu pierna… —señalé donde Cacalina lo había lastimado.

Negó con la cabeza, despreocupado.

—En un par de minutos no habrá rastro alguno. Recuerda que somos inmortales y todo en nuestro cuerpo se regenera rápidamente. —Me sonrió y besó mis labios con ternura—. Has sido muy valiente. —Su nariz rozó la mía y ronroneó, poniendo mi piel chinita.

No tenía idea de qué demonios había sucedido, pero quise creer que la suerte estaba de nuestro lado.

Me acurruqué en los brazos de mi conde, pero Cacalina gritó dolorida y todos volteamos a ella. De la herida no salió sangre, como era de suponer, pero la cosa se puso muy rara. Comenzó a envejecer; su cabello se puso blanco, cayéndose a puños, y sus huesos se deformaron.

—Joder, ¿eso… —señalé con mueca de desagrado— es Cacalina? —La observé atónita.

Era horrorosa y asquerosa. Toda la belleza de la que presumía había desaparecido por completo.

—Es ella en realidad. A diferencia de nosotros, ellas sí pueden envejecer y morir. —La señora Delios llegó a donde estábamos Athan y yo mirando cómo terminaba la bruja.

—Una rata recién nacida es más hermosa que ella —murmuré, y me apoyé en el pecho de mi conde cuando me acarició la espalda.

—Sin duda. —La señora Delios se rio—. Bien, ahora que todo acabó, ¿quién tiene hambre?

Athan y yo la miramos.

Podría ser ahora inmortal, pero hasta yo pensaba en todo, menos en querer comer después de ver a Cacalina.

—¿No tenemos que esperar a que muera? —pregunté vacilante, y miré de nuevo a donde seguía retorciéndose.

—Creo que le llevará varios minutos desintegrarse, y yo en realidad tengo demasiada hambre —declaró la mujer sin preocupación alguna.

Cacalina no iba a recibir ni una pizca de mi compasión. Merecía eso y más por el daño que le había causado a Athan y su familia. Y en verdad deseaba que su muerte fuera muy lenta y dolorosa, y no quedara de ella ni el polvo.

—Delios, regresaremos más tarde. Mi mujer y yo debemos cambiarnos de ropa primero. —Mi conde me dio una mirada centelleante, que me dejó claro que la ropa nos la íbamos a quitar, pero no a poner de nuevo.

Le di una mirada rápida a la señora Delios, y ella puso los ojos en blanco.

—Supongo que los veré en unos días —ironizó sin esconder su humor—. Tómense su tiempo, ya tendremos mucho para charlar, así que disfruten su nueva vida. —Me sonrió cariñosa y apretó mi mano con suavidad—. Me da gusto que seas tú, Sally.

—Gracias, yo también estoy feliz de serlo.

Athan me apretó contra su pecho y besó mi cabeza.

—Ahora, largo de mi jardín. Aún tengo que sacar todo el mierdero. —Miró hacia donde estaba Cacalina, y nosotros también.

La mujer se había hecho cenizas, pero al menos recibió su merecido.

—Hasta luego, Delios —se despidió Athan, y en un parpadeo estábamos de regreso en su habitación—. Al fin en casa. —Suspiró sonriente, sosteniéndome en sus brazos—. Necesitamos una ducha. —Me soltó poco a poco, pero antes de que pudiera responder estábamos desnudos dentro de la tina con agua tibia.

—Dios, ¿cómo es que puedes hacer esto?

—Solo sucede —contestó con una sonrisa astuta—. Si algo aprendí en todos estos años es que todo está en la mente, pero tranquila, amor, pronto lo manejarás. Por ahora seremos solo tú y yo. —Me jaló hacia él y me besó con dulzura.

Me enredó en su cuerpo.

Atendiendo su necesidad, dejé que Athan me hiciera el amor como le viniera en gana. Eso era lo único que deseábamos en ese momento.

Más tarde, estábamos en nuestra cama haciéndolo de nuevo. Resulta que por medio de mis pensamientos pude transmitirle a mi conde algunas posiciones sexuales bastante interesante que quería experimentar, y debía añadir que había aprendido con rapidez.

Tenía suerte de ser inmortal, porque para las veces que habíamos hecho el amor hubiera muerto de cansancio y de tantos orgasmos.

—¿Sally? —Levanté mi cabeza de su pecho para mirarlo—. ¿Crees que puedas acostumbrarte a tu nueva vida?

Mi corazón se enterneció al ver en su mirada la inquietud.

—¿Por qué no lo haría? —Acaricié su mandíbula y subí por su cuerpo.

—Porque temo que puedas aburrirte de estar con una sola persona por toda la eternidad.

—¿Estás bromeando? —Me coloqué a horcajadas y llevé su miembro dentro de mí. Había un gemido placentero compartido y besos hambrientos por unos minutos—. En todo esto fui yo la que salí ganando. Jamás le pedí nada a la vida y ahora lo tengo todo. Más afortunada no puedo

sentirme. Y no hay nada que desee que estar toda la eternidad a tu lado.

Athan me sonrió, y vi en su mirada el alivio por mi respuesta.

—Te amo, Sally —dijo en un jadeo exquisito, y agarró mis caderas.

—Y yo te amo mucho más, mi conde —juré, e hice el primer movimiento con mis caderas.

Athan sonrió y me besó mientras me movía, cabalgándolo a mi propio ritmo.

Podía asegurar que ahora era completamente feliz. Estaba unida al vampiro más sexi y ardiente, y también tenía *su estaca*.

Conforme pasaron los años, nuestro amor era cada vez más fuerte e intenso. Viajamos por todo el mundo muchas veces, conocimos a su familia y vimos guerras, destrucción y dolor en la humanidad, pero seguimos adaptándonos a los cambios.

Athan, la señora Delios y yo siempre nos mantuvimos unidos como familia, y, para sorpresa de todos, ella encontró a otro igual, con el que ahora disfruta felizmente su eternidad.

Algo interesante sobre esa mujer: confesó que se maquillaba y pintaba el cabello para aparentar más edad y no levantar sospechas, pues muchos turistas humanos tenían años de conocerla.

¡Delios en realidad no tiene más de treinta años!

Es una hermosa rubia con un cuerpo despampanante. A pesar de que la comida humana no tiene sabor alguno para ella, le encanta consumirla.

Y, como dato curioso, resulta que los vampiros sí pueden procrear.

Mi conde sexi y yo nos convertimos en padres de cinco hermosos y tiernos vampiritos, por los que estamos dispuestos a todo con tal de mantenerlos a salvo del mundo humano.

Agradecimientos



Agradezco a mi esposo por la paciencia a mis locuras, a mis hijos por su apoyo y motivación. A mis fieles lec-toras y a mis padres por animarme a dar el salto a nue-vos horizontes. También agradezco a mi creatividad por impulsarme a escribir historias tan locas e hilaran-tes como yo, y a mi capacidad para aprender de mis errores y seguir adelante.

Así que gracias a todos y a mí por ser persistente, por creer en mí misma y por seguir creando locuras.

¡Seguiré brillando y rompiendo moldes!

Biografía



Bella Djokovic es una autora adicta al cliché romántico. Desde adolescente encontró la pasión por escribir sus propias historias llenas de amor rosa y altas dosis de humor. Con títulos publicados como *El socio de mi padre*, *Love, el karma del millonario* y *Falso amor*, entre otros, se ha ganado el corazón de sus lectores con personajes entrañables y tramas que reflejan su estilo hu-morístico y cliché romántico, ofreciendo a sus seguido-res escapadas literarias que los hacen soñar en el «felices para siempre» y reír a carcajadas.

Cuando no está escribiendo, Bella Djokovic disfruta pasar tiempo con su esposo, sus dos hijos y sus veintidós gatos.

Vive en una pequeña ciudad de México y está siempre escribiendo nuevas historias para deleite de sus lectoras.